

LA EXTRAÑA



B. Menéndez Vico

LA EXTRAÑA

B. Menéndez Vico

CAPÍTULO 1

Livia recostó la cabeza en la cama de la abuela, trató de esconder las lágrimas.

—No llores mi niña—dijo la anciana débilmente.

A Livia las lágrimas le rodaban, la joven se quitó la gafas, secó los ojos y sopló la nariz, trató de sonreír.

—No llores abuela, son ideas tuyas. No tengo por qué llorar pronto te pondrás bien.

— Acércate—dijo la abuela

La joven se inclinó.

—No te engañes, quiero que seas valiente. Ya es mi hora nieta, tienes que seguir sin mi.

Livia cerró los ojos mientras la abuela le pasaba la mano por la cabeza.

La abuela murió y Livia quedó sola a los diecinueve años. La joven no tenía familia, su madre desapareció siendo ella una niña, el padre nunca estuvo, solo la abuela que la crió con amor y la acompañó siempre. Con los años se diría que quiso morir cuando dejó de escuchar la voz de la abuela. A nadie confesó que parte de ella también se fue cuando la mano de la anciana quedó quieta.

Livia al regresar del cementerio, despidió a los amigos y se encerró en su habitación. Ese día miró las paredes donde se veían las fotos de infancia, las de algún cumpleaños, las de alguna cena de festejo. No había más porque la joven no tenía grandes experiencias, grandes sueños, pocos fracasos.

La joven dejó de mirar y buscó la caja donde guardaba con amor su primer regalo de reyes, el poema que leyó en su adolescencia y los primeros versos que escribió. Cerró la caja y quedó pensativa al recordar el susto de su primer amor. Ismael no sabía que ella lo veía llegar con el corazón alborozado, con la sonrisa escondida y la tristeza al verlo pasar sin mirarla.

Livia creyó que nunca iba a ser princesa, ni estrella rutilante, ni diosa, ni heroína de novela.

Después del recuento se sentó en la cama, palpó la soledad, su vida desierta. Al verse tan frágil la atrapó el desconsuelo, entonces a su mente vinieron los consejos de la abuela: “No creas que todo se acaba si no estoy. La vida sigue.”

La joven estuvo un rato sentada, después se levantó, sacó una vieja maleta y empezó a sacar la ropa que fue colocando con cuidado. Del armario extrajo algunos vestidos, abrigos y un bolso no muy viejo pero muy usado, todo lo puso junto con dos pares de zapatos. Se volvió a sentar, sacó un papel del bolso, leyó con cuidado. Escuchó toques en la puerta, salió al pequeño salón, abrió.

Cristina entró la abrazó y la besó.

—Mi madre quiere que vengas con nosotros, toda la familia quiere, no tienes por qué estar aquí sola.

Se sentaron en el sofá, la amiga insistía.

—No quiero estorbar.

—No estorbas, eres de la familia.

Cristina más que una amiga era una hermana. Con ella fue a su primer baile, a ella le debe las pocas alegrías de juventud. Ella la ayudó a luchar contra la timidez, los complejos y la inseguridad. No logró mucho pero al menos contribuyó a que no se sintiera totalmente extraña.

—Acepta amiga, así iríamos al trabajo juntas, nos contaremos cosas, iremos al otro pueblo, allí tenemos amigos.

Livia recordó las salidas, las idas a la discoteca. Por culpa de una de esa salida tuvo la experiencia más amarga de su vida. Una noche se topó con Ismael, todavía su alborozo por el joven se mantenía. Ismael andaba con la novia pero se dio cuenta de sus miradas y la sacó a bailar. Al otro día la invitó a que lo acompañara a la ciudad. Esa fue una de las pocas veces que mintió a la abuela. En esa salida se sintió tan avergonzada que ahora al escuchar las manos le sudan. Ismael le dijo que sabía que le gustaba y que él también se sentía atraído. “Podemos ir a un lugar y pasarla bien”. No la pasó bien, la llevó a un piso que dijo ser del hermano. La besó y la manoseó. Casi a gritos logró que la sacara de allí. De estúpida para arriba fueron los insultos porque Ismael ciego de rabia repetía que ella lo sonsacó.

—No puedo aceptar, quiero irme.

—¿Irte?

—Sí.

—No hagas disparates, no tienes familia, aquí en el pueblo todos te conocen, te apreciamos.

Livia cerró los ojos, vio su vida, las ofertas de la amiga. Se miró en el trabajo como auxiliar de personal de la tienda del casi dueño del pueblo. Era cierto que muchos la conocían pero la mayoría la veía como una insípida que se la pasaba leyendo libros raros, una extraña que se vestía como una vieja y usaba

gafas anticuadas. Livia era conocida como la chica solterona que nunca ha tenido novios y según se comenta, aún sigue virgen. Ella sabe que muchos se burlan, no entienden su forma antigua, tan distinta a estos tiempos. Eres de museo, le dijo una vez la profesora de historia.

Livia vio su mundo, la estrechez, el encasillamiento.

—Me tengo que ir—dijo sin entusiasmo.

—Mi hermano Daniel está interesado.

Esta vez no cerró los ojos, esta vez miró fijo a Cristina.

—Es muy bueno tu hermano pero no me interesa, ya te lo he dicho otras veces.

Ella sabía que Daniel con dos divorcios y una novia “descocada”, estaba deseando una pareja medio tonta que lo soportara porque según todos, el hombre era más difícil que correr en un charco. El interés de Daniel no la halagaba.

—Esta tarde me marchó.

Cristina se levantó y empezó a dar vueltas.

—No tienes a nadie, es una locura. Aquí por lo menos vives tranquila, tienes techo y trabajo.

Livia vivía contenida, desde que tenía uso de razón se empeñaba en saber por qué era de esas personas que no dicen lo que piensan, de las que no quieren llevar la contraria, de las que cree que ofenden si hablan. La joven lleva toda la vida tratando de explicarse las razones que la impulsan a ser una tímida a la que le sudan las manos al sentirse obligada a dar explicaciones. Todo eso te pasa por culpa de cabrón de tu padre que nunca estuvo y de tu madre que se fue sin mirar atrás, decía la abuela en arranques de molestias. Mucho luchó la buena mujer para sacarla del miedo.

—No quiero vivir aquí—dijo—. Lo siento, tengo que terminar de recoger mis

cosas.

Se levantó. Cristina hizo un gesto de impotencia.

—Al menos di adónde vas.

—Voy a trabajar a casa de una amiga de mi abuela.

—¿No me digas que te vas de criada?

—A lo mejor sí pero eso no me importa.

— Es un disparate amiga.

Cristina echó un vistazo por el piso.

—¿Quién se ocupará de esto?

—El padre Arsenio.

—Es lo mejor, estoy segura de que pronto estarás de vuelta.

No le contestó, la acompañó hasta la puerta, la despidió con besos y abrazos pero ni siquiera dijo adonde iba. Cristina se fue molesta.

Esa tarde Livia antes de abrir la puerta quedó mirando el piso donde vivió toda la vida. La joven evitó la tristeza a pesar de saber que su vida futura estaba llena de incertidumbre. Sabe que en este piso estuvo a salvo. Aquí disfrutó por largos años de la presencia única de su abuela. No fue infeliz a pesar de la ausencia de los padres, no tuvo carencias afectivas pero si le faltaron compañías que amoldaran su carácter y la enseñaran a salir del círculo estrecho que la condenaba a vivir dentro de si misma.

Después de quedar un rato quieta Livia se dispuso a partir, el corazón se paralizó ante lo desconocido pero los consejos de la abuela la ayudaron a vencer su temor. Suspiró y pensó en las cosas que tuvo que dejar. La entristeció la falta de algún libro, un oso de peluche viejo y estropeado, una muñeca mal vestida, un piano de juguete y algunos dibujos de la infancia.

Livia Francisca Armenteros con sus diecinueve años y una maleta no muy grande y desgastada llegó a la capital casi entrada la noche. Con el papel en la mano buscó un taxi, enseñó la dirección al chofer.

—Es lejos jovencita, le va a costar.

Ella dijo que no importaba, necesitaba llegar al sitio señalado. El hombre se rascó la cabeza, dudó unos segundos.

—Vamos—dijo al coger la maleta.

Después de un largo trayecto, Livia quedó detenida frente a una verja de hierro. Tocó un timbre, esperó mirando la mansión que se destacaba a lo lejos. La verja se abrió y la joven camino por un sendero de grava bordeado de plantas con flores. Más allá se veía un amplio césped, a lo lejos árboles frondosos y un pabellón casi oculto por la vegetación.

Era tarde, estaba a punto de caer la noche por eso las luces del jardín se encendieron, la joven camino directo hacia la puerta. Tocó con recelo. La puerta se abrió, una mujer de uniforme abrió.

—Entra, te esperábamos—dijo.

La sirvienta la condujo por pasillos y amplios salones, después tocó una puerta. Livia escuchó el adelante. Entraron a un salón no muy grande donde se veían muebles de estilos, cuadros y cortinajes. Al final del salón sentadas una frente a otras, había dos señores de porte elegante, la más mayor hizo una seña con la mano. Livia y la sirvienta se acercaron. A la joven recién llegada las manos comenzaron a sudarle y sintió un leve hormigueo en el costado.

De cerca y a la luz de la lámpara que pendía del techo Livia las vio bien. Una era mayor de pelo cano y moño pegado a la nuca. Tenía expresión tranquila, vestía con elegancia pero se veía anticuada, La otra señora tenía expresión indiferente, apenas desvió la vista. Casi no las vio. La señora indiferente era

más joven, tenía cabellos oscuros teñidos y arreglados. También se veía elegante pero muy a la moda. Nada antigua era la señora que ocultaba le vejez con cosméticos y algún que otro retoque.

—Esta es la muchacha de quien te hablé—dijo la mayor a la otra que miró a la joven más con desagrado que cortesía—, se ocupará de ayudarme, ya estoy vieja hermana, necesito de alguien que se ocupe de mis cosas.

La hermana trigueña, más joven y moderna, hizo una mueca.

—Me parece que esta chica sobra pero si tú te empeñas.

—No sobra, te lo aseguro, a ver señorita—dijo dirigiéndose a Livia—, por lo que veo eres muy joven aunque lo disimulas bien, espero que eso no te impida lidiar conmigo.

—Claro que no doña, estoy acostumbrada...

—Si, ya lo sé, te criaste con tu abuela, por eso te contrató Emma, espero no la defraudes.

—Le aseguro que no—dijo Livia temblando por dentro.

—Bueno, creo que es suficiente por hoy. Elena llévala a su habitación. Emma que se ocupe de decirle lo que tiene que hacer.

Salieron, la sirvienta llamada Elena le dijo que la señora Pilar era muy buena y que seguro le iba encantar trabajar para ella. Livia se mantuvo callada, no sabía que decir, todo le parecía como un mal sueño, estar sin su abuela y tan lejos del lugar donde nació y creció la hacía sentir extraña, como si no fuera ella sino otra que apenas conocía. El pánico la invadió, estuvo a punto de echar a correr, tenía deseos de escapar de la casona lujosa donde las lámpara, los candelabros y los adornos le parecían reflejos siniestros. Añoraba la sencillez y claridad de su piso humilde, el olor del café, la brisa mañanera y la protección de su abuela.

Subieron la amplia escalinata, llegaron al rellano y continuaron por un

pasillo, al final Elena abrió una puerta, entraron, la sirvienta encendió la luz.

—¿Qué te parece?

Livia quedó detenida al lado de la puerta mientras Elena se adelantaba con la maleta en la mano.

—Emma la escogió para ti—dijo Elena—, quiere que te sientas cómoda. Todos queremos que estés cómoda. Sabemos que no tienes familia y que tu abuela murió. Eres casi una niña a pesar de que te viste como una vieja.

Elena se sonrojó.

—Disculpa, no quise ofenderte.

—No te preocupes—dijo Livia—, estoy acostumbrada.

Livia avanzó mirando a los lados. La habitación era enorme, al fondo se veía una cama amplia, dos butacones y una mesa redonda a un costado. Más allá una gruesa cortina que tapaba un ventanal encristalado. La joven se volvió y vio el televisor adosado a la pared frente a la cama. Del otro lado una puerta Elena la abrió.

—Es tu vestidor, dijo colocando la maleta.

—Yo soy una sirvienta—dijo Livia en voz baja.

—No lo eres—dijo Elena—, Emma y tu abuela se conocían desde hace tiempo, ella te trajo pero no para que fueras una sirvienta, creo que tiene planes contigo. Ella te dirá después. Ahora descansa dentro de un rato te traeré la cena.

—No quiero, yo puedo bajar.

—Emma sabes que eres tímida, quiere que te adapte un poco antes de conocer a los demás, por ahora yo te traeré los alimentos.

Elena marchó y Livia quedó sola, dio vueltas por la habitación fue hasta la ventana, describió las cortinas, miró tratando de evitar el susto. La joven no atinaba a concentrarse. Estaba tan fuera de lugar que no se veía. Añoró con

tal fuerza el calor de su hogar que tuvo que cerrar los ojos para evitar las lágrimas. La fortaleza no se asume por decreto, la debilidad acude a pesar de la entereza. Livia tenía miedo, tristeza, arrepentimiento pero a pesar de todo algo le decía que estaba en el sitio donde tenía que estar. Eso hizo que bebiera las lagrimas y se concentrara en la visión de un extenso terreno con césped, plantas y árboles.

CAPÍTULO 2

Al otro día Livia abrió los ojos, quedo mirando al techo luego se sentó en la cama, miró la hora. Apenas había dormido, tenía el mismo susto de ayer pero también tenía la determinación de seguir por eso se levantó decidida fue al cuarto de baño, se duchó. Salió en bata, fue al vestidor, colgó su poca ropa, colocó sus zapatos.

Después de acomodar sus cosas se puso una falda, una blusa y se miró en el espejo. No es guapa, no quiere engañar a nadie ni engañarse a sí misma. La abuela siempre se empeñó en que cambiara un concepto erróneo. La fealdad no existe y las ganas de agradar nacieron con la especie. Los complejos te matan, decía la señora molesta. Cambia esa facha.

La abuela no logró convencerla, la censuró siempre porque eres una burra, deja esa tontería de no querer arreglarte. Casi al final, para complacerla le dijo que lo pensaría. A Livia le cuesta sacarse las cejas, ponerse lentillas, soltarse los cabellos. La asusta cambiar, teme dejar de ser ella.

Livia terminó de vestirse, se dirigió a la ventana, descorrió las cortinas y se extasió ante el paisaje. Nunca pensó que hubiera un sitio semejante, la belleza y el confort se unían para proyectar tranquilidad y paz. Mirar el extenso territorio hacía que se sintiera libre y fuerte. Descubrió entre el follaje el pabellón de criados. Había leído libros, revistas donde se veían mansiones lujosas pero nada era comparable.

Detenida frente a la ventana sintió toques en la puerta.

Abrió y se hizo a un lado para que entrara una señora de uniforme con la bandeja del desayuno.

—No sé lo que te gusta, pero me atreví en algunas cosas—dijo después de saludarla.

Livia la miró agradecida. La mujer dijo llamarse Emma.

—Soy la amiga de tu abuela—dijo al poner la bandeja encima de la mesa—, come, si quieres hablamos mientras lo haces, si no espero a que termines.

—Prefiero escucharla, después desayuno—dijo Livia con su timidez de siempre.

Emma la miró con fijeza, la joven se puso nerviosa, se sabía rara, a lo mejor y les disgusto, se dijo con temor.

— Se te ve tranquila, centrada, era precisamente lo que queríamos.

—¿Queríamos?—preguntó atrevida.

—Si, Manuel y yo te conocíamos por tu abuela, nosotros somos de allá— hizo una pausa—. Toma el jugo, el café si quieres.

Emma caminó hacia la ventana, miro unos segundos, regresó pensativa, se sentó frente a Livia.

—Tendrás unos días de preparación, lo que harás de inmediato es estar al tanto de Doña Pilar, queremos que la vigiles. Últimamente estamos preocupados por ella, hasta hace poco estuvo bien pero hemos notado que duerme demasiado y que la memoria le falla—calló dudosa—. La cuidarás y la acompañarás a la iglesia, es muy devota.

Emma terminó de hablar, se levantó para marchar pero luego se sentó de nuevo.

—No es lo único que harás, pero por ahora dedícate a doña Pilar.

—¿Cuándo empiezo?

— Elena te vendrá a buscar cuando doña Pilar despierte.

Emma dio unos pasos, se pasó la mano por la cabeza.

— Hoy no te veré más—dijo—, tenemos que preparar la cena, vienen invitados—volvió a quedar pensativa—.Tu abuela me dijo que eres inteligente y suspicaz. Esperamos que así sea.

Livia quedó sola, desayunó poco, luego fue al baño frente al espejo se soltó el cabello, lo peinó con cuidado y lo volvió a recoger en su habitual cola. Ni siquiera puso polvos en la mejilla. La piel se veía, tersa pero demasiado blanca. El brillo de los ojos se perdía tras las gafas.

Mientras se miraba recordó las críticas de la abuela. Un poco de color en las mejillas no viene mal, te ves demasiado pálida. Quedó pensativa, movió la cabeza, así estoy bien, se dijo.

Buscó algo que leer, abrió el libro pero a su mente vinieron las palabras de Emma: “...Tu abuela me dijo que eras inteligente y suspicaz...”. Dejó de leer, algo había en aquella afirmación.

Cerró el libro, frunció el entrecejo. A la abuela le fascinaba esa expresión, la nieta respondía a los acertijos con velocidad de genio. Livia era, muy inteligente, así lo demostraron sus calificaciones y sus juicios agudos. Fue una lástima que no pudiera continuar los estudios, aunque a la joven nunca le preocupó. Económicamente no pudieron darse el lujo, anímicamente la entonces adolescente no quiso ni siquiera pensar en la posibilidad de alejarse de la abuela. Terminó el inti con notas sobresalientes pero ahí se quedó.

Livia mantuvo el ceño fruncido. A lo mejor no fue solo la preocupación por su futuro lo que llevó a la abuela a insistir que viniera. Al mejor había algo más, si no era así no entendía por que la señora Emma habló tan raro.

La joven dejó de pensar, quiso ser prudente, lo mejor era esperar.

Al poco rato Elena vino y la guió hasta el dormitorio de doña Pilar. La

anciana la recibió adormilada.

—¿De veras te llamas Livia?— le preguntó intentando sonreír.

— Si, mi nombre es Livia.

—Bonito nombre, extraño pero bonito.

—Me lo puso mi abuela—dijo con timidez.

La anciana trató de concentrarse.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve, pronto cumpla veinte.

—Si no fuera por las gafas y esa ropa bien podrías decir que tienes quince.

¿Por qué te desarreglas tanto?

Livia no supo qué decir, tampoco quiso decir. Pensó su respuesta.

—Me crié con mi abuela, ella era anticuada.

Doña Pilar dijo un ya veo desvaído, en realidad dejó de interesarse por la joven.

—Voy a vestirme, tengo que ir a misa.

—Yo la ayudo.

—No tienes que ayudarme, puedo sola.

—Está bien.

Quedó callada mientras la anciana caminó por la habitación, dio unas vueltas.

—¿A qué viniste? No te pago por mirar, búscame la falda gris, la blusa blanca y ayúdame.

La ayudó a vestirse a peinarse, ponerse colorete en las mejillas y a pintarse los labios. Luego subieron a un coche negro, salieron.

Para Livia la ida a la iglesia era todo un suceso, en su pueblo nunca fue a pesar de la tenacidad del padre Arsenio.

La iglesia le gustó, era majestuosa. Impresionante la misa. La joven disfrutó de lo nuevo, conocer las diversidades ampliaba el horizonte. A su abuela le eran indiferentes las creencias pero no las razones que las impulsan.

En el trayecto de regreso doña Pilar habló del tiempo y de las plantas del jardín también mencionó la cena de esta noche a la que vendrían su sobrino y la esposa.

—A esa si le gusta arreglarse—dijo doña Pilar—, es una pija con más oro que un indiano.

Livia se mantuvo callada. La anciano ladeó el rostro, la miró.

—Ven acá mi niña, ¿tienes problemas con tu lengua?

—Claro que no Doña Pilar, es que me encanta escucharla.

—¿De veras?

—De veras.

—Nunca nadie me dijo eso, caramba, me pareces muy simpática.

Livia sonrió para sí, con bien poco se conformaba la señora.

Al regresar de la iglesia Doña pilar cabeceó un sueñito cosa que aprovechó Livia para a informarse sobre el protocolo a seguir en las comidas y en las cenas.

Al poco rato calculó la hora y regresó junto a la anciana que despierta daba vueltas sin encontrar nada, la ayudó y la condujo al salón contiguo, a Livia le encantó ver varios estantes con libros, un equipo de música y un RCA Víctor de los cincuenta.

—¿Esto es suyo?—pregunto a la anciana—, es un ejemplar muy antiguo.

—¿Sabes de eso?

—No mucho pero mi abuela me contó. Tuvo un novio músico—dijo Livia—. Ese tocadiscos es una maravilla.

Livia por primera vez desde que llegó mostró algo de alegría, los estantes estaban repletos de libros valiosos, había un busto en bronce de Beethoven, algunas partitura y un violín en su estuche.

Se acercó a Doña Pilar alborozada, quedó de una pieza al ver que la anciana lloraba.

Livia se aterró al pensar que había hecho llorar a la anciana. Se arrodilló frente a ella.

—Disculpe doña Pilar—rogó—, discúlpeme si he hecho algo malo.

La anciana con los ojos arrasados por la lágrimas le dijo que se levantara.

—No has hecho nada—dijo—, son ellos que me hacen llorar a cada rato.

—¿Quiénes son ellos.

—Mi sobrino y su mujer. En este salón se reunían a escuchar música, a tocar, cantar y bailar. Tuvieron un accidente.

— Disculpe, no sabía...

La anciana se secó las lágrimas, la miró con tristeza.

—Nadie que no lo viva sabrá lo que se siente ante algo tan terrible.

Livia trató que la anciana olvidara el incidente, buscó un libro antiguo con láminas faraónicas, le leyó sobre las tumbas egipcias y sobre la gran Cleopatra, luego le enseñó a Nefertitis, la más bella de todas las mujeres.

La muchacha logró distraer a la señora, tanto la distrajo que tuvo que aguantar un apremio de esa, mira como se arreglaba y la detalló de arriba abajo. Eres un adefesio mi niña, yo tú me cuidara un poco más.

—Me lo estoy pensando doña Pilar.

—Eso no hay que pensarlo, eso se hace y ya. Si quieres ser una vieja puedo regalarte mis trapos, si fuera por mí ni yo los usara lo que pasa que le prometí a Dios ser obediente y no pecar más.

Livia como de costumbre calló.

CAPÍTULO 3

Alberto se había levantado hacía un rato, lo hizo con cuidado, no quería despertar a Mónica, era lo menos que deseaba. Anoche discutieron por la tardanza. La joven le recriminó molesta, intentó apaciguarla pero ella siguió chillando, tuvo deseos de ahogarla pero al fin logró calmarla con un cuento. Le dijo que se quedó preparando la reunión del lunes, si quieres pregúntale a Roberto, el también trabajó conmigo hasta tarde. Mónica dejó de gritar, el joven aprovechó para añadir un estoy molido con tanta envidia que la sublime actuación le dio un aire a ese que nunca ganó el Oscar pero siempre estuvo a punto.

Alberto al salir de la habitación pasó por la cocina, la sirvienta le dio el café, bebió despacio, luego cogió el móvil, cruzó el salón, salió a la terraza interior, se sentó y miró a lo lejos. A su mente regresó la escena de anoche, su vida con Mónica era un fastidio.

El joven estaba cansado de su vida matrimonial. No amaba a su mujer, nunca la amó pero creyó que la riqueza llenaría el vacío, no fue así. Al principio se perdió en el vértigo de estar casado con una millonaria que lo adoraba. También lo encandiló el ser uno de los vicepresidentes de una de las empresas más poderosas del país.

Han transcurrido dos años desde el día en que se creyó el hombre que logró el matrimonio ideal. Mónica era guapa, distinguida, reina de salones. Alberto creyó que con el tiempo la pequeña grieta de su desamor se cerraría. Después empezó a decirse que era de tonto enamorarse como los antiguos románticos.

Al final desistió atarse a un sentimiento obsoleto que estorba y oscurece los sentidos.

Hubo una etapa en la que se empeñó en complacer a la mujer que tanto lo amaba, también desistió al comprender que la vida al lado de Mónica era como subir una cuesta espinosa que con saña lo pinchaba.

Mónica y Alberto no tenían nada en común. A ella le gustaba su vida de rica heredera a la que solo le interesa sobresalir como privilegiada que vive sin control.

La bella Mónica era incapaz de tener ni un minuto de sencillez, parecía una maniquí de vitrina, una engreída que apenas soportaba el roce de esos a los que creía inferiores.

Al principio Alberto vio en ella la distinción y el dorado esplendor del dinero. Muy temprano las falsas visiones se diluyeron en una realidad cruel. Su flamante esposa era un compendio de despropósitos. Lo que antes la adornaba y le parecía fruto del savoir faire ahora le provocaba rechazo y burla. El estiramiento de Mónica lo enfurecía. La joven no se quitaba las pestañas postizas ni para dormir, tampoco le gustaba que sus cabellos se desordenaran ni en el váter. Odiaba perder la compostura y menos que el sudor le estropeará el maquillaje.

Mónica era una desenvuelta, moderna, extrovertida pero en la intimidad era más vacía que una protagonista de película de los cincuenta. A la joven le encantaba dormir con pijamas de seda en combinación con las pantuflas, también le gustaba envolverse en batas de igual color. A veces al verla tan ridícula Alberto tenía que hacer esfuerzos para no soltar la carcajada. No se atrevía a reír porque la joven se tomaba muy en serio su papel de tiesa endiosada.

Entre las cualidades de su distinguida mujer estaba la hipocresía que derrochaba a raudales, hablaba mal de casi todos sus conocidos, de frente los

besaba con sonrisa de hiena concentrada. A la diva Mónica le gustaba andar pavoneándose del pelambre casposo que la iluminaba. La vida en sociedad la llenaba de ínfulas, no era muy querida por sus extravagancias y sus afanes de ser un personaje.

El joven y apuesto Alberto Martínez Corbalán, sentado frente a la piscina de su mansión de lujo sintió el frío del arrepentimiento y la certeza de que el sacrificio había sido en vano porque le resultaba imposible aguantar a la reina del culo de oro. No porque dejara de gustarle el oro sino porque tenerlo no tiene por qué ser símbolo de fragancia de estiércol.

Alberto se sentía impotente, estar con su rica mujer le provocaba ardor en el occipucio, ya no sabía qué inventar para evitarla, se le agotaban los recursos. Anoche llegó tarde, después de la reunión fue adonde Isabel, con ella trató de olvidar el sentirse atrapado en un matrimonio que lo hacía infeliz.

El joven se creía enamorado de Isabel porque era todo lo contrario a Mónica. Isabel era una abogada que hacía derroche de elegancia y sencillez. La joven era bella, inteligente, moderna. De ella estaba prendado pero para su desgracia no era rica como la esposa. La mujer con la se casó era la conocida Mónica Georgina Lozano, hija del poderoso naviero don Gabriel Lozano y Fuentes, uno de los magnate más influyentes del país. La bella y elegante Isabel no podía competir en riqueza con Mónica por eso Alberto tenía que pensar despacio, el buen vivir no es cosa que se tire fácilmente por la borda

Alberto suspiró, cerró los ojos, pensó en un futuro sin lo que ahora tiene y movió la cabeza con pesar. No soportaba a Mónica pero tampoco soportaba la pobreza y más que la pobreza, el anonimato que condena a pasar por este mundo sin que nadie se entere. El poder que da el dinero era un disfrute inigualable, renunciar a eso era descabellado. No podía dejar a Mónica así

como así pero Isabel lo espera y esta vida sin ella lo desespera.

Algo tengo que hacer, musitó en voz baja al tiempo que marcaba un número en el móvil.

—¿Estás despierta?

—Me despertaste tú.

—Llamé para decirte que te extraño.

Del otro lado se hizo un silencio.

—Yo también, pero no estoy dispuesta a esperar toda la vida.

—Calma, te lo dije anoche, dame más tiempo, tengo que buscar una solución que nos beneficie a los dos.

Del otro lado se hizo otro silencio, luego un suspiro.

—Está bien pero no demores.

—No te preocupes, algo se me ocurrirá.

—¿Vendrás esta noche?

Alberto se demoró en contestar.

—Creo que no podré, tengo la cena de los sábados con mi madre y mi tía.

—Siempre con tus compromisos sociales.

—Es la de la tradición, desde que nos casamos Mónica y yo no faltamos un sábado. Tampoco podemos dejar de visitar a mis suegros los domingos en la tarde.

—No sé si podré soportar por mucho tiempo tus compromisos—dijo la abogada.

—Ten paciencia, sabes que lo hago por los dos.

Alberto sintió pasos a su espalda, apagó el móvil sin despedirse. Lo puso en la mesa de la terraza.

—¿Con quién hablabas?—preguntó Mónica al sentarse a su lado.

—Con mi madre, llamó para saber si iríamos.

—Ayer hablé con ella—dijo Mónica.

—Es puntillosa, la conoces.

—Sí, es cierto. ¿Qué harás esta mañana?

—No saldré, estaré en el gimnasio. ¿Y tú?

—Me voy de tienda con Emilia, luego comeremos por ahí.

—Alberto.

—Dime.

—Discúlpame por lo de anoche, me pasé un poco pero es que te esperaba desde temprano.

El joven escondió el disgusto al recordar la andanada de insultos y la furia desatada de su augusta mujer.

—No eres tan culpable, me demoré—dijo mordiendo las palabras.

—¿Hacemos las paces?

—Claro mujer.

La miró, sospechó que detrás de su humildad se escondía en deseo de un coito temprano, ese que esperó anoche y no llegó. Le jodió la expresión de la Mónica, los ojos lo miraban golosos, la boca se abría como pez sin agua. Se levantó con fastidio, la arrastro con premura, la subió a la habitación y le echo un polvo directo y preciso. Fue un coito ajeno a la ternura.

Alberto dejó a Mónica en la habitación caminó por salones y pasillos, llegó a la cocina, bebió agua. Miró al techo sin poder escapar de la angustia. Sentía que no podía aguantar mucho. Odiaba de tal forma su vida al lado de Mónica que a veces le entraba una furia asesina que apenas podía controlar.

Mónica se dio una ducha, fue al vestidor y escogió con cuidado la ropa, los zapatos y los abalorios. Se vistió despacio, se miró una y mil veces en todos los espejos. Llamó a la sirvienta para que le sirviera el desayuno en la terraza.

Bajó por la amplia escalinata como una reina con su atuendo de Gucci, Armani, Versace y otras marcas. Se sentó y miró a lo lejos.

La joven vivía perdidamente enamorada de su Alberto, cada día que pasaba sentía más necesidad de tenerlo junto a ella pero últimamente lo notaba lejano, molesto, eso la preocupaba. No sabía como alegrarlo, ya logró que el padre le diera un puesto en el ejecutivo, ya le regaló el yate de sus sueños pero aún así lo nota distraído. Mónica ya no sabe qué hacer. A lo mejor le place un tiempo en Nueva York, allí tienen amigos.

La sirvienta trajo el servicio, lo colocó en la mesa y esperó el puedes irte indiferente.

Se marchó la criada y Mónica pensativa mordisqueó una tostada y bebió el zumo de naranja. Al final se dijo que tendría paciencia, lo amaba con locura.

Anoche fue un poco grosera pero es que la tardanza la asustó, teme que Alberto se enrede con alguna de esas que la envidian. Se siente segura, sabe que nunca la dejaría por una que tuviera menos que ella pero de todas formas a veces teme. Su Amiga Emilia le dice con frecuencia que tenga cuidado, la seguridad es un invento, a veces la gente renuncia a todo por amor. Mónica no cree que su Alberto sea de esos, además su marido la ama, solo necesita un cambio, a su guapo Alberto no le gusta la rutina. Hoy mismo le hablo del viaje, se dijo esperanzada.

Antes de salir Mónica fue al gimnasio donde Alberto levantaba pesas y pensaba en su vida de galeote encadenado.

—No te beso porque estás sudado—dijo ella detenida en el umbral.

Alberto la vio salir, tiró las pesas, corrió, se dio una ducha, se puso unos vaqueros, una camisa y casi sin peinarse, montó en su coche de alta gama.

Antes de poner el motor en marcha llamó a Isabel.

—Espérame preparada—le dijo—, salgo ahora mismo a echarte un polvo de gallo emperrado. Abre que voy. Apagó el móvil y salió como una flecha.

¿Qué quieres que te diga?, pues que llegó, subió y se la folló de un plumazo, fue rápido pero eso no quiere decir que no fuera intenso. El joven la viró de espalda, le dijo le afincara las piernas, ella obedeció golosa. El se arrodilló, besos sus nalgas y la clavó certero. Fue un coito corto y esplendido sacado de esa historia universal del placer bien orquestado para que el pene empujara y la vagina se acoplara en un dúo perfecto y melodioso. Terminó, empezó a vestirse.

—Me tengo que ir—dijo Alberto.

Terminó de vestirse, miró la hora, echó una ojeada al móvil.

—Seguro que ahorita llama, aunque espero que no, antes de venir le eché un polvo, eso la mantiene quieta por un rato.

—No sé cómo puedes—dijo Isabel.

—De ti no me canso, ahora mismo te la metiera de nuevo, me tienes loco. Veré si puedo venir esta noche, si no puedo llamarte te pondré un mensaje.

CAPÍTULO 4

Livia a la hora de la comida acompañó a doña Pilar en su saloncito. La joven probó los alimentos con cuidado. La joven estaba acostumbrada a la buena mesa, la abuela la enseñó, después se ocupó ella, la cocina se le daba bien. Los alimentos no sabían muy bien. Dedujo que el cocinero o la cocinera eran más incapaces que un barbero dentista. Con esos manjares la pobre anciana podía morir antes de tiempo, por suerte comía menos que un pajarito.

La anciana picoteó un poco y volvió a tirarse en la cama. Livia quedó mirándola dormir sin saber qué hacer, iba sentarse con un libro cuando escuchó el toque en la puerta. Elena se asomó, le hizo seña, salió.

—Vamos a tu habitación, aquí llevo la comida—le mostró la bandeja—. ¿Cómo te ha ido con la doña?

—Bien, es fácil trabajar para ella—dijo Livia con un poco más de confianza. Comenzaron a subir las escaleras despacio, antes de llegar al rellano se toparon con una joven uniformada.

—Ni la mires—dijo Elena—esa es la sirvienta de Doña Manuela, es como su patrona, un limón. Además...

—¿Además qué?

—Es su informante particular, por medio de ella está al tanto de todo lo que se mueve a su alrededor, trata de mantenerte alejada de Julia.

Al llegar, Elena le dio la bandeja, la miró seria.

—Toda la servidumbre está preocupada, tememos tiempos malos. Esta noche

tenemos cena.

Elena se marchó, Livia comió con desgano, apenas tenía hambre, picoteó un poco, fue al baño, se lavó los dientes, se miró al espejo.

Livia al poco rato regresó junto a la anciana y estuvo con ella hasta la hora de vestirla para que fuera a cenar. Al acercarse la hora le puso su vestido oscuro y las joyas señaladas. La ayudó a peinarse mientras la anciana peleaba porque la aburría tener que soportar todos los sábados a esa bruja de Mónica y al triste del sobrino que cada vez se ve más apaleado.

—Estamos segura de que no la quiere para nada. Eso se sabe nada más mirarlo. Manuela dice que no es verdad, que la quiere mucho pero no es así. A mi hermana le preocupa que la deje, Mónica es tan ricachona que marea. A Manuela eso le encanta, obliga a mi sobrino a estar con la estirada esa.

—Debe ser muy guapa—dijo Livia por decir algo.

—¿La viste?

—No, pero las ricas siempre son bellas.

—Es gua

písima.

—Ya ve que no me equivoqué.

—Claro que no te equivocaste pero eso no quita que sea una bruja.

La terminó de arreglar y la puso frente al espejo.

—Los has hecho bien—dijo la anciana—.Es una lástima que no lo hagas para ti, pareces un descocado. Nunca vi a alguien más mal arreglada que tú, deberían poner multa a los que andan así.

—No hacemos daño a nadie.

—Claro que lo hacen, maltratan la vista, eso es para culpar, aunque mirándolo bien no creo que seas fea, un poquito de arreglo seguro te hace guapa pero no sé por que te empeña en ser tan extraña.

—He intentado—confesó Livia—un día quise ser distinta y tuve un ataque de pánico.

—Hija, estás de siquiatra.

—Sí que lo estoy, mi abuela me llevó, el siquiatra le dijo que era cuestión de tiempo.

—Ojalá.

Antes de irse la anciana Livia le aconsejó que cenara liviano.

—Lo haré, no me gusta hartarme antes de dormir.

Doña Pilar fue con la hermana y Livia quedó libre, subió a su habitación. Se sintió un poco triste, la compañía de la anciana la complacía. La muchacha, acostumbrada a vivir con su abuela disfrutaba más con los mayores que con los de su edad. Te ha hecho mucho daño crecer conmigo, decía la abuela mientras maldecía a los malnacidos que te abandonaron.

Tu madre fue antinatural, decía la anciana, nunca quiso a nadie. Las personas no son un libro abierto, son mapas desconocidos en los que no podemos confiar. Tu abuelo y yo se lo dimos todo y nada agradeció. Sé que fallamos. Sé que a lo mejor nuestros genes desastrosos se juntaron para crear un monstruo. Por suerte tuvo un poco de piedad contigo, te trajo a mi, por desgracia tu abuelo no pudo verte crecer.

Livia dejó de recordar, se puso su ropa de dormir, fue a bajar la cortina de la ventana, antes de hacerlo miró a lo lejos.

La joven se volvió al escuchar el toque en la puerta. Elena entró con la bandeja de la cena, Livia dijo que no tenía hambre. Elena puso la bandeja en la mesa, y le peleó, le dijo que si no se alimentaba iba a desaparecer. Elena

la obligó a sentarse.

—Estás a punto de flotar como los fantasmas. Por ahí anda uno rondando, se quedó en el aire por ser tozudo como tú.

—¿No comía?

—Comía demasiado, todos le aconsejaban pero él, ni caso. Dicen que murió de un atracón.

—¿Quién fue ese?

— El valet del señor Corbalán, padre.

—Cómo saben que es el fantasma que anda por ahí.

—Porque se come todo lo que encuentra. Se come hasta las flores y se bebe el agua de los jarrones.

—¿Elena te inventas todo eso para hacerme comer?

—Invento un poco pero es verdad que de noche hay ruidos extraños y dicen que el sirviente del señor Corbalán padre parecía un fantasma vivo.

Livia se divertía y sin darse cuenta ingería los alimentos con más ganas. Terminó y Elena cogió la bandeja, se dispuso a marchar

— Me voy, abajo estamos atareados, están al llegar el señorito Alberto y su esposa Mónica.

—Dice doña Pilar que es muy guapa.

—Si, pero está a diez metros por encima del suelo, flota, no mira a nadie. El señorito Alberto es distinto, es encantador.

—¿Es guapo?

A Elena le brillaron los ojos.

—¿Guapo? Es un sol, tiene los ojos azules, el pelo negro, la piel blanca, los dientes de anuncio y el porte elegante, es alto, fuerte.

—Elena...

—Disculpa pero pienso en él y me pongo como una tonta.

—No olvides que ellos están muy alto.

—No lo olvido pero soñar no cuesta.

Livia dejó el tema, el apasionamiento de Elena contradecía al temor que vio en sus ojos hace un rato. Se lo dijo pero ella esquivó el tema.

—Me dijiste que la servidumbre temía.

—No puedo darte detalles, es un temor que siempre ha existido pero no tiene nada que ver con los señores, es algo muy privado, ya lo sabrás.

Después de marchar Elena, Livia se acostó, pero no pudo conciliar el sueño. Buscó en la tele algo que ver pero no encontró nada que llamara su atención. Entonces empezó a leer por enésima vez la trágica historia de Anna Karenina, se sumergió en la deriva de la hermosa rusa y la volvió a conmover el final. Cerró el libro, quedó pensativa, se levantó, camino hacia la ventana, alzó las cortinas, miró a través del cristal, tuvo un impulso y la abrió. Hasta ella llegó un ruido lejano, algo parecido a un lamento perdido en el viento. Cerró la ventana, dio unas vueltas, sin saber por qué tuvo el impulso de salir al jardín. Dentro de un rato doy un paseo, se dijo.

CAPÍTULO 5

Alberto sentado en la terraza esperaba a que Mónica terminara de vestirse, hoy era un sábado más de aburrimiento y tonterías. Al joven le desagradaban las cenas con la madre y la tía, dos viejas que lo fastidiaban todo el tiempo. Si a ese par se le añadía la Mónica el festín podía provocar muerte súbita. El joven tenía el móvil encima de la mesa, volvió la cabeza, dedujo el tiempo que Mónica necesitaba para estar lista. Cogió el teléfono, dudó unos segundos, luego se decidió.

—¿Qué haces?—preguntó.

—Me estoy vistiendo, salgo con mis amigas.

Alberto se levantó de un salto.

—Te dije que nos salieras—gritó furioso—, esas amigas tuyas son unas sonsacadoras. Por favor, Isabel, ya te dije que iría a verte más tarde.

—¿Tú crees que la bruja te dejará?

—Claro, ya le insinué lo del póker, me puse de acuerdo con Roberto, vendrá a buscarme. Espérame, te lo ruego.

Del otro lado se hizo un silencio.

—Está bien pero no me falles.

Puso en móvil en la mesa, respiró con fuerza. El temor de que Isabel lo dejara lo estremeció. Su vida era una carrera contra reloj, tenía que buscar una solución de inmediato, no podía vivir con la zozobra de perder a la mujer que tanto le gustaba. Se recostó en el asiento, cerró los ojos.

—Estoy lista—dijo Mónica detrás de él.

Se puso de frente, caminó unos pasos, parecía un pavorreal.

—¿Cómo me veo?

—Te ves muy guapa—dijo Alberto escondiendo la rabia.

Mónica sonrió, se inclinó para besarlo, Alberto viró la cara.

—¿Qué te pasa?

—Nada, me duele un poco la cabeza.

—Creo que debes de verte esos dolores, últimamente no se te quitan.

—Tienes razón, a lo mejor necesito gafas. ¿Nos vamos?

—Si, Pilar y Manuela nos esperan.

Alberto le dijo al chofer que conduciría él, el hombre abrió la verja.

—¿Y eso que te dio por conducir?

—Sabes que me gusta.

—Sé que te gusta pero nunca lo haces cuando vamos a casa de tu madre. Te noto tenso cielo. ¿Sucede algo?

—No sucede nada solo que estas cenas me caen como una patada en el coxis.

—Dirás como una patada en el culo.

—Si, pero como no te gusta que sea vulgar no quise molestarte.

—Tampoco hay que exagerar.

—Pues si no hay que exagerar. ¿Que te parece si esta noche me chupas la polla? Siempre te niegas porque te da asco.

Habló sin mirarla, la supuso ahogada y al borde del ataque, esperó la andanada de insultos pero para su asombro no llegaron.

—Puedo hacer un esfuerzo—dijo Mónica roja—,sabes que lo he intentado pero me dan arcadas. Esta noche lo puedo intentar de nuevo.

Alberto movió la cabeza aguantando la risa.

—Mejor esfuérate otro día, hoy tengo póker, te lo dije esta tarde.

Mónica respiró aliviada, se sintió como una rea a quien posponen el ajusticiamiento. Alberto condujo feliz, su mujer no pondría reparo a la salida

de esta noche.

Estuvieron un rato callados después Mónica habló.

—Alberto.

—Dime.

—¿Qué te parece si nos pasamos una temporada en Nueva York? María Luisa y Adrián quieren que vayamos. Dicen que hay muchas cosas nuevas. Con ellos la pasamos bien.

Alberto quedó callado. La proposición lo sorprendió. Hasta hace poco quiso convencerla para irse. Muchos buenos recuerdos tiene de su estancia en la gran ciudad. Entre ellos sus noches con María Luisa. La amante María gozaba pegándole los cuernos al tonto de Adrián en sus narices. Casi frente a ellos, Alberto y la lujuriosa María se enredaban, en el mismo apartamento y en la misma cama mientras Mónica y Adrián se exhibían en alguna pasarela o en algún sarao de la babilónica sociedad neoyorkina.

Es tentadora la oferta. Mónica lo controla pero es incapaz de dudar de su gran amiga tan felizmente casada con ese prestigioso y apuesto diseñador que Adrián se llama.

—Es buena la idea—dijo con cautela—, de todas formas debemos consultarlo con tu padre, dejar la empresa ahora es complicado.

—No lo creo.

—Hay que hacerlo—tu padre te quiere mucho pero no hay que abandonarse. A ti te gusta ir sin fecha de regreso.

Alberto llegó a la casona de los Corbalán impaciente, cenó impaciente y estuvo impaciente todo el tiempo. Apenas podía ocultar su desosiego. Después de la cena fueron al salón contiguo, doña Manuela vio la inquietud del hijo, en cuanto tuvo una oportunidad le preguntó que le pasaba.

—¿Qué quieres que te diga? No las soporto a ninguna de las tres, esta visita

se me atraganta en el escroto, no veo la hora de irme.

A doña Manuela los ojos se le quisieron salir de las orbitas, conocía los arranques de su explosivo hijo pero se esperaba esa respuesta.

—No me hables así, soy tu madre.

La mirada de Alberto la asustó.

—No te atrevas a decirme más eso, sabes que nunca lo he soportado.

Alberto salió.

—¿Adónde vas?

—Voy a fumar y coger un poco de aire.

El joven salió furioso, atravesó el pasillo a zancadas y al llegar a la escalinata casi se la de narices con una estrafalaria chica.

—¿Tú quien eres?

—Soy Livia

—¿Te escapaste de un museo?

—Eso parece.

—Pues no estorbes, vuelve a tu lugar.

—Disculpe si lo molesté.

—No me molesta, ni eso logras. ¿Qué haces aquí?

—Trabajo para Doña Pilar.

—Se ve que a esta familia le gusta tirar el dinero. ¡Lárgate!

Livia subió de dos en dos los escalones roja como un tomate y con los ojos llenos de lágrimas. Alberto, encendió un cigarro. Llamó a Isabel.

—Dime—dijo Isabel del otro lado.

—Qué bueno que estás ahí—dijo aliviado.

—No te alegres mucho, si demoras me voy.

—Ya estoy a punto, en cuanto llegue a casa voy directo, creo que no necesito a Roberto como excusa. Mónica me quiere lejos.

—Qué raro.

—No es nada raro, es típico de ella. Después te cuento. Hasta pronto, tengo que entrar.

Guardó el móvil, fumó con fruición, miró al cielo, bajo la vista, la dirigió más allá, caminó unos pasos, quedó dudoso. Echó a andar decidido, a lo lejos se veía el follaje, el pabellón. Alberto siguió caminando, antes de llegar se detuvo pensativo, estuvo un rato quieto, luego se giró.

Livia frente a la ventana dejó que las lágrimas se secaran, se sintió más tranquila. El paseo por el jardín le dio una fuerza inesperada, se sentó largo rato en un banco, luego, caminó por el sendero que conducía al pabellón y volvió escuchar el ruido parecido al de un lamento. Se estremeció al darse cuentas que detrás del follaje había una luz que parpadeaba.

No se atrevió a seguir, no tuvo miedo sino un pudor inesperado, no quiso traspasar la frontera hacia un territorio tal vez vetado a presencia extraña. En su regreso tuvo el desagradable encuentro con el joven que supuso era el señorito Alberto.

Ahora parada frente a la ventana nota una sombra que camina por el sendero que conduce al pabellón. Apagó la luz, la sombra antes de llegar, giró, y se marchó. Livia, sin saber por qué intuyó que la persona parada a mitad del camino era el joven apuesto que la trató como una brizna que hace estornudar. Lo tenía en la retina, aún persistían el rostro hermoso, los ojos azules y el porte soberbio. A la joven no le mortificaron ni la grosería, ni la maldad que destilaba, sólo le dolió el desdén que exhibió como carta de presentación. Trató de olvidar el mal rato, trató de negar que la impresionó y que deseaba volver a verlo. Es bello, se dijo y por primera vez reconoció que la hermosura puede despertar sentimientos encontrados. Ese hombre era un soberbio pero a pesar de eso le gustó.

Alberto llevó de regreso a Mónica y fue corriendo a encontrarse con Isabel. La abogada lo recibió con el desespero de la espera. No tuvieron tiempo de ir a la habitación. Al entrar la empujó contra la pared. Isabel no tuvo que quitarse mucho, solo abrir el camión transparente porque debajo no llevaba nada. Así, desnuda y afiebrada se afincó para que el cruzado de mil batallas la atacara sin tregua y la venciera sin respirar apenas. Después del primer combate él se sentó en el sofá y la puso encima, entonces empezaron una danza de milagros, de besos desprendidos en la oreja, en los ojos, en la boca, en el cuello y en todos los poro perfumado de la amante bella. Alberto la movía, la miraba, ella se aferraba a él, gemía. Se echaba hacia atrás y alzaba las caderas, se hundía con el pene en su vagina. El la arañaba, la mordía, la alzaba y su falo atravesaba la gruta hasta el fondo del placer, mientras ella se afincaba para que la vulva disfrutara del frote que la hacía temblar. Isabel y Alberto se olvidaron de las gotas de agua que se empeñan en caer en primavera, se olvidaron de las hojas secas de otoño y del invierno que enfría los dedos, no el corazón. Se olvidaron de ellos cuando sintieron la proximidad del goce supremo, se perdieron en los laberintos de un viaje misterioso y efímero. Regresaron con ansias de emprender de nuevo la travesía delirante que lleva al no ser. Alberto la puso a un lado, se agachó y succionó el clítoris para levantar su estandarte y para verle los ojos perdidos, la boca abierta, los pies torcidos, para verla ahogada y frágil. Luego fue ella la que inició el recorrido para escucharlo gemir, para sentir el miembro en su boca y chupar hasta que el gemido de él se hace llantito de viejo y las manos halan los cabellos y los dedos se hunden en la piel. Isabel y Alberto volvieron a iniciar el recorrido pero ya en la cama donde el amor floreció con los te quiero, los te necesito y las fugas y los misterios y la danza eterna que

transforma y da luz.

CAPÍTULO 6

Livia se iba acostumbrando a su nueva vida. A los pocos días de llegar la relación con doña Pilar se hizo cercana, la anciana empezó a tratarla con más apego. Livia siguió probando los alimentos con cuidado, hace poco se sorprendió encontrarlos riquísimos y bien cocinados. La joven achacó el cambio a desvíos culinarios.

Emma también era muy amable. La amiga de su abuela siempre le hablaba de una conversación pendiente.

En sus conversaciones con el marido la encargada de la servidumbre se mostraba entusiasmada, tenía confianza y esperanza de que Livia lograra lo que ellos no han podido. El marido no estaba tan seguro, no tenía claro cómo Livia podría conseguir lo que nadie en casi tres años. Emma confiaba, su amiga le dijo que su nieta era especial.

La joven Livia se iba adaptando y la tristeza del principio fue dando paso a la sonrisa porque además del trato afectivo de doña Pilar y de Emma estaba el interés que había despertado en ella el joven Alberto. Varias veces lo vio y en una esas veces el corazón aceleró sus latidos. Fue cuando se lo encontró en el jardín y le volvió a preguntar quién era ella sin desdén y con más interés. Otra ocasión fue en el salón de doña Pilar. Ese día Livia quedó embelesada al

verlo conversar con la tía. Más impresionada quedó cuando el joven le sonrió tibio aunque antes de irse volvió a burlarse al decirle que con esa facha asustaba a cualquiera.

Esa vez, al quedar sola con doña Pilar la anciana le peleó porque no escuchas consejos de nadie. Tienes que cambiar estás horrorosa. Eso fue hace dos días y todavía a Livia le sudan las manos al recordar la sonrisa de Alberto, también se debate ante la posibilidad de cambiar un poco su imagen.

Con Elena habla mucho, Elena poco a poco ha ido ocupando el lugar de Cristina, a ella le cuenta algunas cosas, le ha pedido opinión. La sirvienta todos los días la empuja, doña Pilar también menos Emma, a la jefa no le entusiasma la idea, al principio estuvo reticente, al final le dijo que algunos cambio, no muchos. Livia no quería tampoco ser otra, solo quería no desagradar por eso le dijo que lo primero eran las lentillas, las cejas y un cambio de peinado, nada más.

Esta mañana Livia terminó de vestirse, se asomó a la ventana como de costumbre se fijó en la vegetación que rodeaba al pabellón, todo estaba en calma. La joven creía que allí no vivía nadie pero a su pesar la incertidumbre se apoderaba de ella cada vez que imaginaba el misterio que puede esconderse tras los árboles. Es que eres muy novelera, se dice para negar que desde que llegó y miró más allá percibió que el pabellón y ella estaban ligados.

Movió la cabeza para espantar sus ideas. Sintió la puerta abrirse, Elena entró con el desayuno.

—Aquí tienes—dijo—, hoy te puse dos tostadas más, tienes que engordar pareces una vara.

— Decía mi abuela que ni soplándome—dijo Livia risueña—, te empeñas por gusto.

—Si quieres conquistar al señorito tienes que estar guapa.

Livia enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¿Quién te dijo eso?

—Yo me lo dije, tienes un metejón que canta aunque lo tienes muy difícil por no decir imposible, estás casado con una millonaria, es guapísimo y derrite a las mujeres con solo mirarlas.

—No sé de que me hablas—balbuceó Livia.

—Creo que hasta doña Pilar está al tanto, por eso anda tras de ti para que cambies esa facha.

Livia estaba a punto de llorar por la vergüenza.

—¿Tú crees?—dijo ahogada.

Elena la miró risueña.

—Que te guste el señorito es normal, a todas nos gusta. No tienes que avergonzarte. Más que cambiar el físico tienes que dejar la sonsera. Espabila amiga, según tú, ahorita cumplés veinte pero parece tener diez.

Ese mismo día y después de mucho pensarlo Livia accedió a ir con doña Pilar a comprarse unas lentillas, alguna ropa y de paso pasar por la peluquería a cortar un poco ese pelo que te llega las rodillas. Te pareces a una chica de Disney, miss pelo. Doña Pilar subió al coche refunfuñando porque eres más antigua que un bombín agujereado por el disparo de un duelista.

—Sube y no protestes que no soy tu abuela, esa no pudo contigo pero tú a mí no me conoces. Te malcrió mucho, te hizo sabionda pero inútil para este mundo de hoy. Con letricas no se vive en estos tiempos, dímelo a mí que soy de otro que tampoco me gustaba porque había que rezar más que una monja embarazada.

—Usted ahora reza mucho.

—Si, es cierto pero lo hago porque me enseñaron a rezar para tapar mis

pecados. Los tengo hija y muchos, a lo mejor un día te cuento.

—Ser pecador no es malo.

—Si lo es, eso te lleva al infierno en vida.

—Doña Pilar.

—Dime.

—¿Soy insignificante?

—No lo eres, provocas roña porque te desperdicias.

—¿Eso que significa?

— Que te escondes y quieres ser lo que no eres.

—¿Cómo soy?

Doña Pilar la miró con detenimiento, luego suspiró.

—Un enigma.

—No la entiendo.

—No tienes que hacerlo, solo quiero que sepas que tienes bondad y dulzura para regalar pero más que todo irradian una fortaleza digna de admirar.

Como a las seis de la tarde de ese mismo día Mónica se presentó tristonera y llorosa en el despacho de su padre. Don Gabriel Lozano la recibió preocupado, Mónica era su única hija, la niña de sus ojos por eso verla triste le achicaba el alma. Para él, la niña era lo máximo.

—¿Qué te sucede hijita?—preguntó inquieto.

Mónica se secó una lágrima.

—Algo pasa con Alberto. Últimamente lo noto muy distanciado.

Don Gabriel se relajó, sabía del amor loco de la hija, siempre veía fantasmas, ya lo comentó con su mujer. Esta hija nuestra está obsesionada, eso no es nada bueno.

Lucía también creía lo mismo pero ambos confiaban que con el tiempo fuera

más cuerda sin darse cuenta que la hija estaba enferma porque los teneres han hecho su trabajo. La guapa Mónica no tenía freno, corría como yegua desbocada sin llegar a ningún lado.

—Yo lo veo igual que siempre—dijo conciliador—, cumple en el trabajo, no tengo quejas.

—Si me deja me mato.

Don Gabriel dio un brinco, alzó el culo de su sillón de cuero negro y fue donde la hija para abrazarla.

—No digas disparates, eso no sucederá.

—¿Que no sucederá, matarme?

—Alberto nunca te dejará, te quiere.

—Ah, porque lo de matarme va en serio, sin él no vivo, así que procura que no me deje. ¿Por qué no le abres una cuenta con mucho dinero?

—Ya la tiene, me lo pediste hace tiempo y no quiero seguir con esta conversación de orates. A tu Alberto le he dado todo y más. El amor no se compra, digo, se compra pero a veces no hay pago que sirva. De todas formas Alberto no es de esos, te quiere.

—El que me quieres mucho eres tú, no te da la gana reconocer que con tu dinero no has podido hacerme feliz. Hazlo padre, por favor.

—¿Qué hago?

—Haz que Alberto me quiera.

Don Gabriel se sentó de nuevo, las conversaciones postmoderna lo exasperaban, su hija quiere que compre amor, cree que él puede hacerlo.

—Lo único que puedo hacer es atarlo a tu cama, castrarlo, amenazarlo, pegarlo a ti como un chicle, dejarlo atontao, metértelo entre las piernas. No se me ocurren más cosas, después pensaré más claro.

—¿Te estás burlando papa?

—Claro que me burlo porque tú lo estás haciendo desde que llegaste. Te

conozco hijita, quieres mucho a ese joven pero más te quieres tú y mis millones. Ese amor al derroche morirá contigo—don Gabriel se inclinó—. Creo que Alberto te quiere pero si no es así y anda en algo lo desaparezco de un plumazo, de mi no se burla nadie.

—Papá, si me pega el cuerno es a mi. No a ti.

—No me importa, prepárate a llorar porque si ese chulito anda en algo se jode Troya.

—Papá arde, no se jode.

—Es lo mismo.

—No vine a eso pero si vas por ahí te sigo, si Alberto tiene la osadía de engañarme lo reviento.

—Tampoco así, con dejarlo sin pluma y cacareando es más que suficiente.

—¿Qué harás?

—Contrataré un detective privado, esos se pintan solos para meter las narices hasta el gaznate.

—Yo lo adoro, creo que puedo perdonar si me engaña.

—De eso nada, no serás el hazmerreir de los cabrones sociales.

—¿Dónde está ahora?

—¿Quién?

— Alberto.

—Salió hace un rato, creo que iba a casa de las viejas. ¿Por qué dices que está distanciado?

—Es que...

—¿Qué?

—Lo noto molesto, llega tarde a casa, me dice que está aquí contigo. Me miente descaradamente.

—A lo mejor es por el póker.

—No lo creo, además...

—No lo diga, ya lo sé, poca cama, eres igual que tu madre, joder.

—Engañas a mi madre y ahora te enfadas con Alberto.

—No es lo mismo, mis vicios me los pago yo. Ese cabrón si lo hace es con mi dinero.

—Ellos no son pobres.

—Tú no me digas nada. Alberto vino con los Corbalán porque no tenía ni para comprarse un café. El y su madre estaban encuerados cuando vinieron de París.

—Podrían ser los herederos—dijo Mónica.

—Tendrían que morir la Pilar y ese otro que ni sé si aún respira, creo que ni aún así. Se comenta de una clausula. Si no es del nieto no hay dinero para nadie.

—Papá que eres la hostia.

—Gracias a que soy así nadas en dinero, hijita del alma.

CAPÍTULO 7

Alberto hacía un rato que había llegado a la mansión de los Corbalán. Después de saludar a doña Pilar se encerró a conversar con doña Manuela. El joven, detenido frente a la ventana escuchaba los consejos de la madre.

—Creo que es peligroso lo que haces, arriesgas demasiado.

Alberto se volvió, se sentó frente a ella.

—Te dije que no soporto a Mónica, cada vez la odio más.

—Ten paciencia hijo.

—No me llames hijo, no lo soporto, además no sé para qué me pides paciencia.

—Creo que algo anda mal, veo a Emma y al marido preocupados.

—¿Preocupados?

—Si, ellos no hablan pero Julia me cuenta. Creo que la llegada de esa muchacha tiene que ver con esa preocupación.

—¿Te refieres a la chica extraña?

—Si esa misma. La trajeron ellos, creo que ocupará el lugar de Damián, el viejo se jubila, a lo mejor la jubilación del criado mata al orate ese.

— Si muere a lo mejor podemos pleitear.

—Sabes que no, el viejo lo dejó bien claro. Si el nieto muere, la riqueza se va al carajo eso siempre te lo dije, no me creíste.

—No sigas con tus regaños.

—Julia ha escuchado, están muy preocupados.

Alberto miró a doña Manuela con fijeza.

—¿No sabes por qué creen que la chica pueda ayudarlos?

—No lo tengo muy claro, pero creo que ella es la última esperanza.

—Tremenda esperanza, es un adefesio. Si lo que quieren es que lo enamore no pudieron escoger peor. Esa Livia mata a un muerto.

—No creo que sea por eso, yo no la conozco, apenas la veo pero dicen que es inteligente, tímida pero muy dulce, todos están complacidos con ella. A Pilar la veo muy contenta.

—¿Están en el saloncito?

—Creo que salieron.

Alberto quedó pensativo.

—¿Sabes qué?

—¿Que cosa?

—Que a lo mejor me como el dulce, es rara pero por una buena causa bien vale la pena sacrificarse. Conquistarla puede ayudarnos.

—No te precipites, sólo son conjeturas. Te aconsejo que evites romper con Mónica hasta que no sepamos lo que hay.

—No sé si podré aguantarme, estoy loco por Isabel, temo que se canse de esperar.

—No puedes romper con Mónica por puro capricho, si lo haces lo Lozanos te dejarán en calzones, no tendrás nada que ofrecerle a tu Isabel.

Alberto sonrió burlón, había veneno y sorna en las palabras de su querida “madre”.

—No te preocupes, me aguantaré pero no te garantizo que sea por mucho tiempo, odio a Mónica.

—Ten cuidado con tus odios, controla tu furia.

Alberto se levantó, volvió a mirar por el amplio ventanal, más allá del cristal se veía la verja de entrada, las plantas que custodiaban el sendero. Sin querer pensó en la muchacha vestida a la antigua, vio sus cabellos recogidos, su figura esbelta. Dios que extraña es, se dijo sin complacencia ni agravio.

—Tengo que irme—dijo.

—Puedes quedarte a cenar.

Alberto miró la hora, comenzaba a caer la noche.

—Mónica seguro está en casa, me llamó hace un rato. Me persigue, me acosa, es una garrapata.

Manuela río burlona.

—Te aconsejé que no lo hicieras, te conozco, no eres capaz de soportar lo mismo por mucho tiempo, ahora dices amar a la Isabel esa, con el tiempo la despreciarás igual que a Mónica, eres defectuoso hijo, reconócelo.

—No tengo la culpa, lo heredé de ti “mamá”.

Alberto se despidió de su madre, caminó por salones y pasillos, salió, quedó detenido al ver entrar el coche, esperó. El chofer aparcó, doña Pilar y Livia bajaron con bolsa y cajas. Caminaron hacia él sonrientes.

Doña Pilar besó a su sobrino, Livia se mantuvo alejada.

—Acércate, caperuza no soy lobo—dijo con una mirada que hizo temblar a la muchacha.

—¿Qué te hiciste?—preguntó.

—Nada —contestó Livia roja y temblorosa.

—A ver—dijo Alberto al tiempo que se acercaba—, no está, mal ya no te ves tan fea.

Livia no tenía gafas y los ojos se veían agrisados, hermosos.

—Me siento rara—dijo ella a punto de llorar—, me parece que tengo un pedrusco en cada ojo, creo que no aguantaré.

—Tienes que aguantar—dijo doña Pilar—, no eres la única que usas lentillas.

Livia movió la cabeza con pesadumbre, los cabellos castaños se movieron.

—Ahora falta la ropa, es lo más difícil, no pude lograr que se quitara esa porquería pero aquí llevamos prendas muy modernas.

Alberto se acercó a Libia, la miró con fijeza.

—Por ahora es suficiente tía—dijo— sin dejar de mirar a la joven.

Alberto se despidió, besó a la tía y puso dos besos en las mejillas de Livia al tiempo que le murmuraba un mañana vengo.

Livia acompañó a doña a Pilar a su habitación, la ayudó a ponerse ropa cómoda. La señora dijo de acostarse un rato.

—Voy a descansar. Vete, ven más tarde.

La joven subió, entró a su habitación, fue directa hacia el espejo. Quedó detenida mirándose. Movié los cabellos, cerró los ojos que lagrimeaban, le molestaban las lentillas, fue al baño a quitárselas. Regresó y se puso sus gafas. Recogió los cabellos. No podía acostumbrarse a su nueva imagen. Tengo que lograrlo, se dijo en voz baja.

Dejó de mirarse al espejo, fue hasta la ventana. Las palabras del señorito las tenía grabadas, el mañana vuelvo la estremece. Livia ni remotamente cree que pueda despertar algo especial en el apuesto Alberto, pero de lo que sí está convencida es que la amabilidad del joven la desarma.

La abuela afirmaba que el amor entraba por los ojos pero después llegaba hasta muy lejos donde la visión se diluye para dar paso a una complejidad poco explicada. La belleza no garantiza el amor duradero, decía.

Livia como siempre se fijó en el follaje que apenas dejaban ver al pabellón, se hacía de noche pero como siempre volvió a percibir que estaba vacío y que alguien iba allí todos los días. Estaba ensimismada, no escuchó la puerta abrirse. Escuchó la voz de Emma, se volvió.

—¿Cómo te fue el paseo?—preguntó Emma al acercarse.

Livia fue hacia ella.

—La pasamos bien, doña Pilar insistió en regalarme algunas cosa.

—Lo imaginé.

—Me compró unas lentillas, me llevó a cortar el cabello y arreglarme las cejas, después me hizo ir a las tiendas. Está empeñada en que me arregle.

—¿Te gusta?

—¿Qué cosa?

—¿Cambiar?

Livia se retorció las manos, dudó en contestar.

—Las lentillas me molestan, extraño mi pelo y no me atrevo a ponerme la ropa nueva.

—Tenías los cabellos muy largo, tu miopía necesita las lentillas, lo de la ropa es lo de menos pero también puedes que te acostumbres con el tiempo.

—Soy fea, no tengo arreglo.

Emma se acercó más a ella.

—No es cierto, quita esa idea loca. Tu abuela y yo hablamos sobre eso, esa fealdad estás en tu cabeza, no existe. Tu rostro es perfecto, tienes un buen esqueleto. No hay nada discordante, es tonto que te creas eso. Lo que sí necesitas es tiempo para cambiar tu imagen.

—¿Usted cree?

—Claro, si te lo propones seguro que lo logras. ¿Quieres cambiar?

Otra vez Livia no supo qué decir, dudó unos segundos.

—Creo que sí.

—Quita el creo, hazlo.

Emma miró a su alrededor.

¿Qué te parece si nos sentamos? Quiero hablarte.

Se sentaron una frente a otra. Emma miró a Livia con fijeza. Habló despacio.

—A partir de mañana quiero que te ocupes de ir al pabellón. Después que doña Pilar cene y se acueste, irás a llevarle la cena a una persona. Solo tienes que llevar la bandeja, te quedarás allí, acompañarás a esa persona un rato. En

ese tiempo haz lo que te plazca.

—Lo haré—dijo y como siempre no preguntó nada.

Emma metió la mano en uno de sus bolsillos.

—Aquí tienes la llave, a partir de ahora es tuya, no la debes perder ni dar a nadie. Saldrás por la cocina, nadie te verá, entrarás por la puerta del fondo.

—Lo haré—dijo y como siempre no preguntó nada.

Emma quedó impresionada, miró a la ventana, la esperanza renació.

—Algo me dice que lo lograrás mi niña.

—No sé a qué se refiere—dijo Livia—, pero mi abuela insistió mucho en que viniera, usted y ella se parecen.

La encargada de la servidumbre sacó un pañuelo del bolsillo, se restregó los ojos. Se levantó y besó a Livia en la mejilla.

CAPÍTULO 8

Alberto Martínez Corbalán después de la visita a su madre, antes de llegar a su casa fue a visitar Isabel, esta vez la joven abogada no lo recibió tan complaciente. Lo apartó cuando fue a besarla.

—No creas que con besos y polvos apasionados comprarás mi paciencia. Estoy cansada de esperar. No quiero ser la amante segundona, tu Mónica tendrá mucho dinero pero no me llega ni a las chancas.

—Pero amor...

—Amor mis ovarios, estoy harta de tus palabrerías, no soy la dama encantada, soy de estos tiempo, mujer para follar te la buscas por ahí no en mi casa.

Alberto la amaba, sentía que sin ella no podía ni respirar pero no era de los que aceptan presiones por eso aguantando la rabia le dijo que tampoco fuera tan salida que un polvo con él se cotizaba muy alto en bolsa.

—Si quieres un matrimonio desabrido búscalo por ahí, yo no soy cualquier cosa, soy Alberto el rico, así que abre las piernas y no jodas que no tengo mucho tiempo.

Isabel quiso seguir incordiando pero la salida del joven la hizo reír

—Eres un cabrón— dijo pegándose a él como una lapa.

Hicieron el amor apurados pero no menos intenso. Cayeron en la cama donde ella lo cabalgó apretando las ancas, relinchando mientras el cabalgado Alberto pedía a gritos que lo dejara sin resuello y así fue. Alberto al final se ahogo, se fue de costado, quedó rendido y masacrado.

—Eso es para que no te creas gañán de sabana—dijo Isabel.

Alberto tuvo que ducharse quitarse el olor a hembra desbocada.

Antes de irse habló con la joven abogada, otra vez le rogó que tuviera paciencia.

—Te prometo que pronto termino con Mónica, tengo un plan, si me resulta quedaré libre.

—Alberto divorciarse no es problema para nadie, le pides el divorcio y ya.

—¿Me quieres pobre?

—Según sé, ustedes no son pobres. Eres hijo y sobrino de las herederas de una gran fortuna.

—La dueña de la riqueza es mi tía Pilar, a mi madre la desheredaron cuando se fue a París con un sinvergüenza, Además...

—¿Además qué?

—No se si conoces la historia familiar.

—He oído algo pero no lo suficiente.

—Entonces quédate con lo que sabes.

—¿Puedes decirme qué pasa?

—No puedo ni quiero, lo que sí tienes que saber es que me resulta muy difícil dejar a Mónica si no no tengo claro mi futuro sin ella.

—Dicho así el divorcio está bien lejos.

—No lo está, ahora está más cerca que nunca, ten paciencia.

—Alberto yo te amo, no te aferres al dinero.

Alberto miró a Isabel ella creyó ver burla, malestar.

—Te quiero pero no me arriesgaré a ser un muerto de hambre con mucho amor pero sin dinero. Desde pequeño supe que las pendejadas no me iban, no soy un llorón, primero muerto antes que rodar en un basurero.

—Por lo que veo tu amor es muy raro.

—¿Raro?

—No mi adorada abogada, mi amor es de este siglo. Los otros ya no existen, son palabras muertas en los inviernos.

—Cuando hablas así, me das miedo.

—Lo sé, pero no engaño. No soy galán de canciones, por ti no lo dejo todo.

Isabel estuvo tentada de mandarlo a la mierda pero no tuvo valor, el magnetismo del joven la envolvía y más cuando mostraba esa arista canallesca que lo hacía parecer un chico malo.

Alberto regresó a su casa bastante asustado, vio los mensajes de Mónica, seguro le esperaba un escándalo pero tenía argumentos, se demoró en casa de la madre. Si no lo creía pues a la mierda que ya estaba cansado de ser arrastrado por el chal de oro de la diva como si fuera un eunuco persa. No quiso pensar más porque el genio se le descontrolaba, jamás hombre alguno sufrió tal agobio. Su santa mujer lo quería controlar como si fuera un perrillo faldero. Si no acabo con esto reviento, se dijo el joven al aparcar y subir los escalones.

El joven fue directo a la habitación, en el camino se topó con una de las sirvientas preguntó por Mónica, le dijo que estaba en la piscina.

Fue y la encontró bebiendo y medio encuerada.

—Nado y bebo, bebo y nado—dijo la joven.

—Eso está bien dijo el joven sentándose a su lado.

Mónica bebió el whiskey, lo miró seria.

—¿Estabas con tu amante? Hace días que no me follas.

— Fui donde mi madre.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi padre me lo dijo.

—¿Hablaste con él?

—Fui a ver a mi padre para que te ofreciera ilusión y dinero, Alberto yo te

amo mucho.

—Lo sé pero no bebas más.

—Tú no me quieres.

—No empieces con llanteras de borrachas. Claro que te quiero. No te lo demuestro con un polvo aquí mismo porque tengo hambre. ¿Cuándo cenamos?

—Mi padre te está vigilando.

—¿Qué?

—Que si me pegas el cuerno te despluma.

—Tú estás loca y el suegro te sigue como a los locos, seguro fuiste a darle la tabarra.

—Es que te quiero tanto.

—Yo también nena, si quieres esta noche te lo demuestro.

—¿De veras?

—Claro que te lo demuestro pero deja de molestar a tu padre con tonterías, no tiene que ofrecerme nada. Mañana hablo con él.

— Alberto cielo, dame un beso.

Alberto miró a lo lejos, luego la besó y suspiró con fastidio, primero Isabel ahora esta desequilibrada que no lo dejaba respirar. Joder, gracias que está borracha, esa no llega ni al rincón, ahorita se duerme. Después de besarla se quitó la ropa y se tiró al agua totalmente desnudo, hizo cuatro piscina, se recostó en la escalera y cerró los ojos. Sin saber por qué vio el rostro de la fea esa. Mañana voy a verla, se dijo divertido.

Salió de la piscina, se sirvió un trago, se volvió a sentar.

—¿Por qué no me besas?, podemos hacer el amor aquí mismo.

—No seas ridícula, yo no hago el amor con nadie.

Mónica bebió un largo trago, se levantó tambaleante, se le encaramó encima, empezó a darle besos babosos.

—Déjame tranquilo si no quieres que te tire a la piscina.

La joven siguió sentada encima besándolo y diciendo disparates. Alberto sintió que la rabia le apretaba la garganta, la furia le subió, se levantó con Mónica cargada y la tiró al agua. Quedó mirando como se hundía, cerró los ojos, recobró la calma. Será una muerta con más alcohol que sangre se dijo hastiado y se tiró a rescatarla.

Mónica se abrazó a él chillando.

—¡Por poco me ahogo hijo de puta, me quieres matar!

Alberto empezó a besarla, le bajo las bragas y se la metió con saña, se la folló violento, le gritó palabrotas y la soltó llorosa.

—No te quise matar cielo, solo quería metértela en el agua.

Alberto quiso borrar el impulso que por poco lo destruye por eso la llevó amoroso hasta el final de la piscina la ayudo a salir, la tiró de espalda y le echó un polvo de castigo para él, sublime para ella que por poco canta la Traviata.

Después cenaron, ella estaba despejada y contenta por los revolcones en la piscina.

—Mañana hablo con mi padre—dijo rozando la mano de Alberto con los dedos largos que él le parecieron garras.

Alberto retiró la mano frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Para decirle que eres único y que me amas.

—Está bien eso, deja ya de hacer el papel de niña malcriada, claro que te amo, te he amado siempre, lo que pasa que estoy un poco preocupado. No sabes lo que me duele no complacerte más pero algo me está fallando, a lo mejor tengo que tomar la viagra.

—¿De verdad cielo? No me digas, nadie podría imaginar eres tan joven.

Alberto suspiró triste después del bocado de merluza rellena con trocitos de langostinos dijo que a lo mejor era pasajero.

—Pero ahorita en la piscina estuviste fenomenal.

—Es que me excitó mucho follarte en el agua, por eso lo hice, fue emocionante.

Mónica se durmió enseguida, Alberto dio varias vueltas en la cama. Trató de relajarse, últimamente estaba muy estresado, su futuro le asusta, su presente también y su genio lo delata. Tengo que bajar los decibeles, se dijo. Hoy por poco me extravió y se levantó a tomar sus pastillas, hacia tiempo que no las tomaba pero desde hace un tiempo vuelven a molestarlo la migraña y la mala leche.

CAPÍTULO 9

Livia se levantó temprano, durmió bien pero al levantarse sintió un leve golpeteo en el pecho al recordar que hoy tendría que empezar una nueva tarea. La joven no se hace muchas preguntas, solo le preocupa hacer bien lo que le encomienden. Su disciplina es proverbial, cumple con celo lo que le orientan, así ha sido desde siempre. Llevaba menos de un año trabajando de auxiliar de personal cuando la abuela falleció pero ya hacia gala de una ejemplaridad que todos elogiaban. Solo faltó cuando la anciana cayó en cama.

La joven fue al baño, se aseó, salió y se empezó a vestir. Se puso su ropa de siempre, dudó con las lentillas pero temió una reprimenda de doña Pilar, era mejor ponérselas. El señorito le dijo que vendría hoy pero no estaba segura que cumplirá su palabra, no tenía por qué hacerlo. Ella ni remotamente pensaba que la visita del joven fuera porque quería verla pero de todas formas le gustó que le hablara el al oído. Al pensar en el roce de los labios todavía se le enrojece la cara.

Livia frente al espejo sacudió la cabeza, ese gesto antes no podía hacerlo, los cabellos tan largos se lo impedían, ahora no. El pelo le llega a los hombros y lo mueve con soltura. Antes le costaba peinarse, ahora se recoge los cabellos con facilidad.

Acercó más la cara, los tantos años de gafas no dejaron mucha huella, los ojos de color cambiante tenían esta mañana el tono gris que le daba un halo

melancólico a la mirada. No eran bellos deslumbrantes pero sí eran dos faros tibios que le iluminaban el rostro.

Dejó de mirarse, hizo la cama, recogió todo, miró la hora y se dispuso a salir. Elena anoche le dijo que de ahora en adelante no le traería más los desayunos ni las comidas ni las cenas. Eso lo hicieron para que se adaptara, ya era tiempo de que bajara al comedor de los empleados. Todos la conocían y la apreciaban. No tienes que sentirte extraña, para nosotros ya eres miembro de la casa, dijo Elena.

A pesar de la confianza y el apego que sentía Livia bajó con un poco de temor, su timidez se mantenía intacta y el miedo a quedar mal la hundía en la zozobra. Atravesó pasillos, salones y salió a la amplia cocina donde Virtudes y Florencia hacían galas de recursos culinarios que encantaban a los señores y a los empleados. Virtudes al verla la saludó efusiva, se presentó risueña. Por su parte Florencia fue más cautelosa, no era dada a ser muy expresiva. Livia las besó a las dos, trató de no reflejar reparos al pensar en los alimentos mal preparados del principio.

La joven se sorprendió al entrar al comedor y ser recibida con aplausos. Elena le hizo seña para que se sentara a su lado. Emma la presentó, como la benjamina de la familia. El recibimiento fue emotivo, casi la hizo llorar. Livia a pesar de su parquedad tuvo pequeños detalles que encantaron, fue espontánea, halagó a todo el personal y se mostró contenta porque por primera desde la muerte de la abuela se sintió en familia.

Después del desayuno Livia fue donde Pilar, la anciana la esperaba impaciente.

—Te demoraste.

Livia miró su reloj.

—Es la misma hora de siempre—dijo tranquila—, por lo visto se vistió usted

misma. Le he dicho que no lo haga, puede caerse, dar un traspie.

—No me cuides tanto, desde que llegaste me parece que envejecido diez años. No soy una niña como tú pero no soy una vieja senil. Hoy tengo un día malo.

—Por qué

Doña Pilar movió la cabeza con pesar.

—Nada que la tonta de Manuela ahora quiere compañía, se siente muy sola y me critica porque desde que llegaste apenas comparto con ella. Total que hasta el otro día no extrañó a nadie. Se fue a Francia muy joven, anduvo por ahí sin oficio ni beneficio, corrió de la ceca a la meca y luego se apareció diciendo que no podía seguir sin la familia. Ahora pretende dársela de apegada con eso de que te extraño hermanita. Hipócrita.

—¿El señorito Alberto vino con ella?

—Claro que vino con ella, a ese ni lo conocíamos—dijo la anciana mirando hacia otro lado.

Doña Pilar dio vueltas por la habitación. Luego se volvió.

—No me dejes mucho rato con ella—dijo temerosa.

—No se preocupe, dentro de un ratito la salvo.

—Eres un sol, a propósito, ya veo que estás muy guapa.

—Doña Pilar no exagere.

—No, no exagero, te ves muy bien, te falta botar esos trapos, espero que lo hagas pronto.

—Doña Pilar.

—Dime.

—¿Me quiere hacer un favor?

—Depende.

—Beba un sorbito de cada líquido, no sea tragona, sabe que el café no le cae muy bien. Si después tiene hambre le traigo algo de la cocina. ¿Me lo

promete?

—Complacerte no me cuesta, A Manuela le gusta el café bien fuerte, a mí no. Tantos años en París le tienen el gusto galo, así que picotearé como siempre.

CAPÍTULO 10

Ese día Alberto fue a la oficina tranquilo, se sentía más calmado, anoche durmió bien. Tenía esperanza de que Mónica lo dejara por un rato. También quería no estar tan descontrolado detrás de Isabel, si sigo complaciéndola a las dos se me seca la polla se dijo. Antes de llegar llamó a la abogada, le dijo que hoy no iba a verla porque tenía mucho trabajo.

El trabajo era el mismo de siempre. Reuniones van y reuniones vienen. Contratos y contratos. Firmas y firmas para redondear las cifras del insaciable suegro. Alberto amaba el dinero pero no entendía que don Gabriel con más años que Tuntankamón estuviera luchando por ampliar el patrimonio. Se puede morir toda una generación y todavía seguirán rico los Lozanos aunque no haya rastro de ellos sobre la tierra. El potentado cuando hablaba sobre el tema alegaba amor a la patria, a la gente que empleaba y al mundo que mucho le debe haber perfeccionado el arte de enriquecerse hasta reventar.

El trabajo era el mismo de siempre así que cumpliría su pacto con el rico suegro, seguiría ayudándolo aunque sabía de las patadas que recibiría si osaba hacer daño a su amada hija.

Alberto no lo odiaba, al contrario lo admiraba y lo envidiaba, que la envidia escondida pero siempre está ahí para hacer infeliz a quien la padece y el yerno envidaba como un león al que le niegan ser parte del festín.

El joven estaba decidido a dejar a los Lozanos pero para eso tenía que lograr el botín por el que siempre ha luchado. Su plan es delicado pero puede lograrse. Tiene que encontrar una salida, cada día soporta menos a Mónica. El joven se recostó en su asiento, miró al techo, quedó pensativo. No se dio

cuenta que la puerta se abrió, dio un respingo cuando vio a Don Gabriel sentarse frente a él.

—Estabas ido muchacho—dijo jovial.

—Disculpe suegro pensaba en el contrato de los japoneses, si todo marcha bien lo podremos firmar pronto.

—Eso espero pero no vine a eso.

Alberto se puso en guardia, los ojillos de don Gabriel lo miraban burlones.

—Mónica me llamó, dice que eres maravilloso, así que ya no tengo que vigilarte.

—Yo a su hija la adoro pero a veces me saca d mis casillas. Es muy empalagosa.

—Lo sé, es igual que su madre. Se ha operado quince veces, tiene bastantes años en las costillas y todavía me cela, quiere cama. ¿Qué puedo decirte yerno?, es un mal de familia—lo miró serio—. Yo a mi mujer no le hago caso, al principio si porque con el dinero que aportó amplíe el capital, ahora no me arrimo, huele a quirófano—movió la cabeza dubitativo—, aunque la muy santa creo que me los pones con los choferes. No estoy seguro pero siempre hay uno nuevo y joven.

Alberto reía por dentro, todo era mentira la suegra era más fiel que un perro recogido en desgracia. Don Gabriel la engañó o la engaña, que está viejo pero todavía puede cabalga gracias al dinero y la viagra. El yerno sabe que don Gabriel a pesar de sus devaneos la respeta, no quiere un divorcio que lo dejaría a la mitad y el suegro de mitades no entiende.

—Le dije a Mónica que no lo molestara con tonterías.

Don Gabriel cambió, se puso serio.

—Mi hija nunca me molesta, así venga a mear en las alfombras.

—Discúlpeme no quise decir eso, yo lo aprecio don Gabriel, no me gusta que le cuente cosas que no son.

—¿No la engañas?

—Claro que no.

—¿Te soy sincero?

—Claro.

—La engañas con una abogada que está para comérsela pero sé que no le das nada, no la mantienes ni usas mi dinero en eso. La relación es discreta.

Albertos se puso lívido.

—No te asuste, no pasa nada. Si respetas a mi hija, la tratas bien y cumples con ella no me importa que te tires a las tontas que hay por ahí.

— Es un bombón don Gabriel.

—¿Quién?

—La abogada.

—Lo sé, vi las fotos. ¿Cómo es en la cama?

—Soberbia.

—Eres un cabrón yerno, me superas.

—Si usted quiere la dejo ahora mismo, lo mío con ella es solo sexo.

—Haz lo que te plazca pero ten cuidado. Mi hija te adora, está contenta, con eso me basta.

El suegro se marchó y Alberto tardó un buen rato en recuperarse. Por suerte hoy estaba relajado, si lo llega a coger estresado seguro le aprieta el gaznate. Alberto buscó su rabia y no la encontró, solo se topó con una única decisión, tenía que salir de los Lozanos porque si seguían jodiéndolo era capaz de fallecerlos, de matarlos por si no entienden los gramáticos.

Alberto después del susto trató de concentrarse en el trabajo, hizo algunas llamadas, se reunió con su ayudante, le dio instrucciones al estilo de un magnate. Le encantaba el juego, soñaba con ser un dueño de todo no un

simple ve y tráele. A la hora de la comida fue a un restaurante, pidió platos caros, bebió vino y se limpió los labios con cuidado. Luego llamó a su madre para decirle que iba a verla a las cinco. Como quien está distraído, preguntó por la feúcha. Doña Manuela lo conocía, no era tonta, fue a darle un consejo pero calló, de todas formas Alberto no escuchabas consejos por lo tanto lo apoyó para no despertar a la fiera. Le dijo que Livia estaba con Pilar y que no se despegaba de ella. El hijo de la madre le preguntó hasta que hora la desabrida acompañaba a la tía. Manuela le dijo que hasta después de la cena. Regresó a la oficina, tuvo un tiempo vago, no llamó a nadie, por suerte Mónica hoy tenía reunión con las amigas, tendría desfile de moda y cena. Isabel trabajaría, hasta tarde, hoy no tenía intención de retozar con ella.

El joven recostó la cabeza, miró al techo, luego a su reloj. Se comunicó con Roberto, a los pocos minutos éste vino y se sentó frente él. Roberto era su ayudante, su hombre de confianza y muchas veces la coartada perfecta para escapar de la posesiva Mónica. Alberto se inclinó, miró fijo al amigo.

—Estoy jodido—dijo con calma—, mi suegro me vigila, soy un libro abierto, se sabe al dedillo todos mis capítulos. ¿Qué te parece?

Roberto sonrió, casi ríe porque en el fondo se alegraba verlo tan jodido.

—Te lo dije.

—Sabes que esa respuesta me raspa los cojones, lo haces para burlarte.

—Te lo dije, es lo más tétrico que puede decirse en estos casos pero es la pura y santa verdad. Tu suegro es un ave de rapiña, acecha, mira a los lados, salta y muerde sin mirar a quien—puso las manos sobre la mesa—, ten cuidado, te devora en un santiamén.

—No me asusta—dijo Alberto—, tendrá muchas mañas pero yo tengo más. Ya le gané el primer asalto. Tengo tiempo para escabullirme. Tomaré mis medidas, de inmediato paso al plan B.

—¿Plan B? —preguntó intrigado Roberto—, ese no me lo conozco.

—Es secreto—dijo Alberto—, si tengo éxito lo sabrás.

—Ten cuidado, quédate tranquilo por un tiempo, no te metas más en líos de falda, don Gabriel siempre te vigilará.

—Tienes razón, no voy a terminar con Isabel pero bajaré la intensidad. No te preocupes con Isabel y Mónica tengo suficiente.

Alberto empezó a guardar sus cosas en la gaveta del escritorio.

—No te llamé sólo para contarte, sino para decirte que me marchó. Ocúpate del informe pendiente, tengo que visitar a mi madre, hoy no amaneció muy bien, se queja de que la tengo abandonada.

—Vete tranquilo—dijo Roberto—, el informe está casi terminado, don Gabriel se fue al club hace un rato, así que no hay problemas.

CAPÍTULO 11

Livia fue a recoger a doña Pilar, la rescató del secuestro. A doña Manuela no le gustó la frescura de la empleada pero doña Pilar se levantó presta, la anciana dijo estar cansada y con sueño. Al regresar a la habitación le comentó a la muchacha que estaba a punto de darle un infarto. Livia la calmó, la hizo que se acostara un rato. Después de descansar ambas fueron al saloncito, la anciana tejía, la muchacha escuchaba música.

—Hoy te ves distinta—dijo la anciana.

Livia bajó la música.

—¿Por qué?

—Tienes brillo en la mirada, eso me recordó cuando tuve mi primer novio.

A doña Pilar la voz le salió apagada.

—¿Siente nostalgia?

—No es nostalgia, es amor. Evaristo fue mi único amor. Cuando lo perdí supe que sin nada sería igual.

Livia apagó la música, se sentó frente a ella.

—¿Se casó?

—Si, me casé con el hombre que socialmente me convenía. Nunca nos quisimos, yo lo engañe, el también me engañó. En aquella época todo era distinto. Estuvimos así por mucho tiempo hasta que él se cansó y se fue a vivir con la querida. Mi padre por poco me encierra en un convento por puta.

—¿Por puta?

—Mi padre me culpó del abandono, dijo que me lo merecía. En realidad después de Evaristo ningún hombre me interesó, me acostaba con ellos por venganza. Mi padre quiso encerrarme en un convento pero mi madre lo

impidió. Bastante tenía con la escapada de Manuela.

—¿Usted nunca quiso irse?

—No, mi madre era una santa, era nuestra alegría. Luisa y yo fuimos felices al lado de mi madre. Mi hermana menor hizo un buen matrimonio pero su esposo murió bastante joven, ella al poco tiempo se nos fue también víctima de un infarto. Al final mi padre murió y quedamos mi madre, mi sobrino Leandro y yo. Después Leandro se fue a estudiar, cuando regresó se casó con Leonor, a poco de regresar falleció mi madre, estaba bien anciana la pobre.

—Su hermana Luisa es ésta—Livia señaló una señora que sonreía en una foto.

—Esa misma, esa es la madre de mi sobrino Leandro.

Doña Pilar alzó la vista, había tal tristeza en los ojos que Livia se agachó frente a ella y le habló en un susurro.

—No siga doña Pilar, veo que le hace mucho daño hablar de ellos.

La anciana señora le pasó la mano por la cabeza.

—Hoy lo verás—dijo tan quedo que más que un decir fue como una plegaria. Livia sintió un leve erizamiento, al conocer el nombre de la persona a la que le llevaría la cena. No quiso hacer preguntas, dejó de hablar sobre el asunto, se sintió culpable de la tristeza de doña Pilar por eso le dio un beso en la mejilla, se levantó y buscó una revista antigua donde se hablaba de la última película protagonizada por Sarita Montiel y Cary Cooper.

Se sentó al lado de ella. Le acercó la revista.

—Dicen que encandiló Hollywood. Doña Sara era espectacular se caso con un director de cine americano.

—A mi me gustaba más La Piquer.

—Esa no la conozco bien.

—Por ahí creo que algo de ella, busca a ver si encuentras.

Livia hurgó en la pila de discos.

—Aquí está dijo alborozada.

—Hay uno que se llama novio—dijo la anciana.

—Pues se lo busco pero no me llore que mi abuela decía que recordar era volver a vivir, así que recuerde sin llanto.

Se ensimismaron al escuchar la música, doña Pilar se veía perdida en sus recuerdo. Livia estaba al tanto de ella, le preocupaba que la anciana se hundiera en la nostalgia. Terminó la música y la joven le dijo de dar una vuelta por el jardín. Doña Pilar decidió descabezar otro sueñito antes de la cena.

—Ve tú mi niña—dijo la anciana—, da tu paseo y regresa. Quiero que cenemos juntas.

—¿Y eso?

—No quiero que me des la cena, quiero que me acompañes.

Livia la miró con cariño, doña Pilar estaba contrariada, algo le nublabo el pensamiento.

—No se preocupe todo saldrá bien—dijo firme.

—¿Lo crees mi niña?

Livia se agachó otra vez.

—Cambie esa cara, no se mortifique, haré todo lo que estén mis manos para servir bien al señorito Leandro.

—Es que está tan acostumbrado a Damián, tememos tanto.

—No será fácil pero haré todo lo posible.

Livia acompañó a Doña Pilar hasta la cama, esperó a que se durmiera, luego cogió un libro y salió sin hacer ruido. Atravesó salones y pasillos, llegó a la puerta de salida, abrió y se detuvo en el primer escalón, el corazón saltó al ver el aparcado el coche de Alberto. Fue bajar el segundo escalón cuando escuchó su voz.

—¿Adónde vas?—preguntó Alberto colocándose a su lado.

Livia ladeó el rostro, contestó con las mejillas ardiendo.

—Voy a dar un paseo—dijo inaudible.

—No te escuché, habla más alto—casi ordenó.

Livia se sintió pequeña, inútil y perdida en unos ojos que la miraban dominantes. Su mente estaba en blanco y el corazón se salía del pecho

—Le dije que voy a pasear un rato.

Alberto rió burlón.

—No tienes que llorar, parece que vas al patíbulo no a pasear. Vamos te acompaño, conozco un lugar bonito.

La tomó por el brazo, bajaron, él le indicó el camino. Mientras andaban Alberto le habló de las plantas de los arboles frondosos que se veían dispersos, y del lago que estaba allá a lo lejos. Iba al lado de ella locuaz, sonriente y Livia bebía sus palabras que rodaban como agua fresca, que cerraban heridas, que calmaban la sed.

—Vamos hasta allá—le dijo cariñoso.

—¿Hasta dónde?

—Frente al lago hay un banco.

Continuaron caminando mientras él le contaba de su vida en París, de las noches de Mommartre. No era el París de antes pero tenía igual encanto. Le contó de sus paseos y de la majestuosidad de los Inválidos.

—Sé que te gusta la naturaleza—dijo cuando se sentaron frente al lago.

—Es bonito este lugar —dijo ella temblorosa.

— Alberto la miró serio. Me gustas cuando tiembles—dijo el joven—, me gustas así, tan rara.

—No diga eso señorito—dijo sin mirarlo.

—Lo digo porque desde que te vi lo percibo, Me gustas porque eres inocente y a la vez muy complicada.

Livia se emocionó era la primera vez que un hombre le decía algo semejante, la primera vez que la halagaban.

—Usted es muy amable conmigo, no soy esa que usted dice

— ¿Nunca te han besado?

—No—dijo inaudible.

—Dilo en voz alta. Mírame a la cara.

—No—repitió azorada.

Livia se viró, sus ojos cambiantes brillaban. Alberto vio el susto que nace provocado por el deseo no confesado por eso le alzó la barbilla, la atrajo y la beso despacio. La separó.

—Vamos a repetir, abre la boca, relájate—ordenó.

Para Livia el segundo beso fue como un latigazo, como un relámpago que la iluminó.

Alberto impasible siguió atacándola. Con alevosa maldad colocó besos en la frente, las mejillas, el cuello y las orejas. Livia desfallecía al sentir el calor que la abrasaba. El joven se levantó, la alzó y la apretó. Rozó con delicadeza el busto.

—Me vuelves loco Livia, déjame poseerte.

—No señorito, por favor.

Livia lo empujó, las lagrimas nublaron la mirada.

—Usted es un hombre casado, no está bien lo que pretende.

—Lo sé, perdóname, pero lo que siento no es un capricho, es difícil de explicar. Me gustas pero no quiero hacerte daño. Ven.

La atrajo con dulzura, la besó en la frente y para su asombro Livia le besó los parpados.

—Yo tampoco puedo explicarle lo que siento—dijo ella temerosa—, pero no podemos ir más allá, entiéndalo.

—Lo sé, es mejor tener paciencia—dijo Alberto—,no te puedo prometer nada

ahora, pero de lo que sí estoy seguro es de que esto que siento es nuevo y desconocido para mí.

—Para mí también—dijo ella.

—Prométeme una cosa—dijo él.

—¿Qué cosa?

—Que lo pensarás, ahora no me puedo divorciar, pero estoy seguro que lo haré, no por ti sino porque mi matrimonio no funciona, sólo necesito tiempo. Te deseo y te necesito muchacha. Quiero ser el primer y único hombre en tu vida.

La separó, la cogió la mano, hicieron el viaje de regreso igual que el de ida. Alberto hablaba, sonreía y ella bebía las palabras, deseaba que el momento a su lado se hiciera eterno, casi al llegar él soltó la mano de la joven, miró al pabellón.

—Escuché que atenderás a mi primo Leandro.

Livia ladeó el rostro, lo vio serio.

—Si, Damián está enfermo, se jubila.

—Ten cuidado, Leandro está loco.

—Dicen que es muy pacífico.

—No lo creas, siempre fue un desajustado por su culpa pasó lo que pasó.

—No se preocupe señorito.

—Deja ya de decirme señorito, no seas ridícula.

Livia se puso nerviosa, enrojeció.

—Disculpe pero es que me cuesta tratarlo de otra forma.

—Ya veo que todo te cuesta pero tienes que vivir en este siglo, pareces sacada de un daguerrotipo, ni siquiera eres una foto verdadera.

Livia hizo esfuerzo para no llorar, del joven apasionado y cariñoso de hace un rato no quedaba ni el reflejo. Alberto volvía a ser burlón, dominante y alterado.

—Usted es muy moderno señorito, por eso es otro en segundos—calló dudosa—. Tengo muchas cosas que cambiar pero no para complacerlo sino para evitar las equivocaciones.

Alberto se detuvo con la boca abierta. Se tragó el ladrido que podría frustrar su plan y no dejó de reconocer que la sonsa además de extraña era sorprendente. El joven respiró, fue cuidadoso.

—Ven acá—dijo cariñoso—, era una broma. Ya te dije que me gustas por ser así como eres, discúlpame, no quise ofenderte.

La atrajo, la besó suave. No se si lo haces a propósito pero me envuelves, me atraes como un imán.

Livia lo separó con delicadeza.

—Tú también me envuelves —dijo.

Alberto volvió a sorprenderse, no supo si había burla o amor en los ojos a veces grises, a veces distantes.

Siguieron andando, casi al llegar se detuvieron le dijo que pronto volvería, le preguntó si tenía teléfono, sacó su móvil y puso el número de la joven.

—Te llamaré, sé discreta.

A la entrada se separaron, Livia fue presurosa a ver a doña Pilar. Alberto se dirigió a salón donde Manuela conversaba con una amiga y concertaba su ida a la Opera. La madre de Alberto era fanática del bel canto, admiraba a rabiara a todas las gritonas y gritones que según Alberto olían a naftalina y a flor marchita por el tiempo. También la señora era asidua a caprichos culposos. De vez en cuando regresaba tarde por culpa de algunas distracciones encubiertas. El hijo sabía todas las andanzas de doña Manuela. Conocía de memoria sus secretos bien guardados para otros y descubiertos desde siempre por él que no la criticaba porque los dos eran astilla del mismo palo o de otro palo pero astilla que luchaban por no ser pasto del fuego, o de andar a la

deriva en ríos caudalosos.

Alberto se sentó frente a su madre y esperó a que esta terminara de hablar, lo último que escuchó fue un no importa, yo pago. La señora colgó el teléfono y miró al hijo contrariada.

—Por qué te pones a escuchar cuando hablo.

—Siempre con el yo pago. Gracias que Pilar está en la luna pero ten cuidado sus apoderados no, a lo mejor vienen y te hacen un recuento de los gastos.

— Pilar tiene mucho dinero, unos kilo menos apenas se notan.

—No te confíes, la vieja tiene buenos cancerberos que protegen su dinero. Controla tus vicios, no te pongas en evidencia. No nos conviene.

— Tendré en cuenta tus consejos—dijo Manuela—. Hablemos de otra cosa. ¿Cómo te fue con la tonta?

—Mejor de lo que esperaba. La escena que monté con ella parecía una escena sacada del siglo XIX. Me dio gracia verme como Julián Sorel en el Rojo y Negro.

—No creas te le pareces.

—No me le parezco, quiero serlo pero sin el final que tuvo, el muy estúpido.

—Deja las gracias y sigue.

—Te dije querida “madre” que este inicio fue todo un éxito.

—Tendrás que engatusarla bien para lograr que acepte lo que quieres hacer.

—Lo haré, la pondré a mis pies, me obedecerá en todo.

Manuela hizo un gesto despectivo.

— Leandro está loco, no sé como se te ocurre que Livia logre sacarlo del limbo.

—No quiero que lo haga, no nos conviene pero si Livia se empeña puede convencer a todos que ama al enfermo. Emma y Manuel no se opondrían a que se ocupe de él, se quitarían un problema de encima. Además, Doña Pilar estaría encantada con un enlace entre su sobrino y la antigua.

—Ojalá resulte—dijo Manuela—, es la única forma de hacernos del capital de la familia. Digo, si ella después no te deja en la estacada.

— Livia es una chica inocente, una romanticona que se enamora hasta las trancas. Ya te dije, lo que quiero de inmediato es que la tonta caiga ciega de amor y me obedezca en todo.

Alberto y Manuela estuvieron un rato conversando, hicieron como los ajedrecistas persas, prepararon con cuidado el próximo movimiento sin saber que los jaques en la vida no están sujetos solo a la astucia de los contrincantes sino también a la dialéctica sutil que influye y determina.

Alberto se marchó regocijado y feliz, le extrañó que la perseguidora de Mónica no estuviera activa. Hoy es un día para recordar, se dijo. Mónica tranquila, Isabel más paciente y Livia derretida. Joder qué suerte. Aprovechó el descanso y se fue al club a jugar tenis, sopesó la posibilidad de toparse con el suegro, dudó unos segundos pero decidió ir, si se encontraba con el suegro no importaba. En el tenis no había huecos para meter nada.

Mónica a esa hora andaba de cotilleo con Emilia y Mariela. Las tres millonarias conversaban tranquilas en una cafetería lujosa después de ir a la peluquería, al masajista y a las tiendas donde se compraron las últimas tendencias.

—Me gusta mucho Mauro—dijo Emilia con picardía.

—Ten cuidado con tus gustos, la última vez por poco se arma tremendo lío por culpa de tus amoríos con el vendedor de perfume.

—Olía a hombre—dijo Emilia con un suspiro.

—¿Dónde está?—preguntó Mónica.

—¿Quién?

—El vendedor y no te hagas.

—No sé hace mucho que no lo veo, creo que se fue a Londres por un tiempo.

—Se fue o lo fueron, por ahí se dice que le diste buena pasta. Te quiso chantajear pero pareces que no escarmientas. Esos jóvenes se te acercan para sacarte dinero amiga. Deja eso.

—No puedo, la polla vieja de Aparicio no funciona.

—Divórciate—dijo Mariela.

—Ni loca, no se le levantará la polla pero tiene los zurroneos llenos. Además, es el padre de mis hijos. Le tengo cariño.

—A mi la palabra cariño me suena fatal. Mucho cariño me tenía Luis y me dejó sin decir adiós—dijo Mariela.

—Fue lo mejor que pudo hacer—dijo Mónica—, tu Luis era un arribista que se la pasaba soñando con tus cuartos, cuando no se los diste brincó el charco.

—Qué bien te quedó eso—dijo Emilia.

Mónica sonrió ufana.

—Es que esta Mariela sigue en las mismas, no acaba de meterse en la cabeza que los hombre son unos putos, buscan dinero y acomodo. Por lo menos mi Alberto me ama por mí misma. El no necesita mi dinero.

—¡Mónica...!

—¿Mónica qué?, Alberto es un Corbalán, esa familia está forrada.

La Lozano se pavoneó como siempre y como siempre no quiso ver la mirada que cruzaron las amigas. La intrigante heredera no quería ver que estaba en el mismo rincón que las demás.

Livia pasó el resto de la tarde sumida en el desconcierto. Doña Pilar la vio tan alterada que le dijo que se fuera a su habitación a descansar. La anciana creyó que la joven se preocupaba por la tarea de la noche.

—Sube y descansa—insistió doña Pilar.

Livia se negó rotunda, no quería encerrarse en su habitación, temía a la soledad y a los pensamientos que la rondaban. El paseo con Alberto la tiene sin atinar a nada. La joven se debate en la duda. No puede ser que le guste al señorito, ella no se cree capaz de despertar ningún sentimiento en un joven tan guapo, adinerado y casado con una de las mujeres más ricas del país. No es posible, se dice empecinada pero a la vez escuchas las palabras del guapo joven y el corazón acelerado asume que podrían ser sinceras porque había tanto ardor, tanta dulzura y tanto empeño en la voz que las piernas se le aflojan nada más recordarlas

La joven da vueltas, se sienta, se levanta mientras doña Pila la mira extrañada.

—A ti te pasó algo en ese paseo, estás rara, bueno, rara eres pero ahora lo estás más.

Ya te dije, si es por lo de esta noche no hay razón, mi sobrino es un pobre enfermo, un alma de dios que no hace daño a nadie.

—No es por eso doña Pilar—dijo Livia—, es que soy muy tímida y me asusta un poco no dar la talla.

—Es una tontería lo que dices, mi sobrino no habla, seguro esta primera vez ni te mira. La timidez no te limitará en nada y eso de no hacerlo bien lo dudo, eres muy capaz. Tenemos mucha fe en ti para que a Leandro no le afecte la ausencia de Damián.

—¿Usted cree?

—No lo creo yo sola, lo cree toda la servidumbre. Estamos muy

esperanzados.

Livia suspiró, se sentó al lado de la anciana trató de no pensar más en Alberto, asumió que el señorito estaba interesado en ella y eso la transportó. Se vio en una nube al lado del hombre más maravilloso del mundo, creyó que lo amaba.

CAPÍTULO 12

Livia se cercioró que doña Pilar dormía, la buena señora cenó temprano y al rato empezó a cabecear, la llevó a la cama sin escuchar su pelea porque quería ver una película. La arropó y la contempló unos segundos luego salió y se dirigió a la cocina donde la esperaba Emma con la bandeja lista.

—Aquí tienes—dijo Emma—, ve tranquila, regresa cuando quieras. Mañana me cuentas.

La joven salió por la puerta del fondo y caminó resuelta por un sendero que conducía al pabellón. Su mente iba libre de temores y preguntas, sólo llevaba consigo su disciplina y el empeño en quedar bien.

Caminó bajo el influjo de una noche estrellada, hasta ella llegaron los rumores de las hojas y el perfume de la flores, sin saber por qué iba liviana, libre de las presencias que la hacían parapetarse tras un muro que la separaba. Livia se sintió fuerte por eso llegó y abrió la puerta, guardó la llave en el bolsillo de su falda y entró. Caminó despacio por un pasillo que la condujo a la cocina, puso la bandeja en la encimera. Se asomó vio otro pasillo más largo, a un lado una habitación con la puerta abierta que dejaba ver la cama amplia y un sillón. Al final estaba la entrada al salón.

La joven quedó quieta unos segundos, escuchó una música tenue, un violín quedo. Livia se volvió cogió la bandeja de la encimera y echó a andar resuelta, entró al salón. Se detuvo, echó una ojeada al lugar. Era un amplio salón con un sofá y dos butacones. Al lado una escalera que conducía a la

habitaciones de arriba. A un costado de la puerta de salida había un ventanal encristalado que dejaba ver el exterior.

El pabellón se veía limpio, recogido. La joven avanzó, se detuvo detrás de un sillón que estaba frente a la ventana.

—Le traigo la cena—dijo.

Miró a los lados, en la pared que daba a la escalera se veía un aparador. Puso la bandeja encima y se puso delante del hombre que no la miró. Se agachó, alzó la vista, Leandro seguía ausente con los ojos fijos más allá de los árboles.

—Me llamo Livia—dijo ella—. A partir de hoy vendré con la cena, Damián es muy anciano, no puede seguir.

Ella no supo si la escuchó, tampoco estaba segura de que la ve en con esa mirada vaga donde no hay ninguna emoción y donde sólo se percibe la soledad infinita que apaga la cordura. Insistió.

— Sé que lo extrañará pero las personas que queremos a veces nos dejan. Es muy duro pero es bueno saber que esas personas quieren que vivamos a pesar de la ausencia—hizo una pausa—. Estoy segura que a Damián le gusta que usted lo recuerde aunque sea yo la que le sirva de ahora en adelante.

A Livia se le encogió el pecho al conocer a Leandro. El hombre delgado, pálido, de expresión tranquila no estaba en este mundo. Sentado en el sillón, vivía en algún lugar distante y apenas percibía la bruma del recuerdo y la fragilidad del hilo que lo lleva a seguir en un sitio en el apenas descubre la oscuridad que lo rodea.

La muchacha encargada de evitar que Leandro se perdiera para siempre en las neblinas del olvido se sintió impotente, se supo demasiado mortal para impedirlo. A Livia las lágrimas le brotaron ante la terrible certeza de que todo era inútil. No pudo evitar bajar la cabeza para esconder el sollozo, quedó

unos segundos con los ojos cerrados mientras las lágrimas rodaban.

—Leandro estoy aquí. Soy Livia.

Livia hizo esfuerzos para no llorar más, se sentó frente al hombre y empezó a darle la cena. Leandro abría la boca parecía un muñeco roto, un fantasma que no sabe como desaparecer del todo, un autómatas que actúa por reflejos. Ingirió algunos alimentos, tomó algo de zumo, luego cerró la boca, se levantó para terminar un ritual repetido. Fue la baño, la joven quedó al lado de la puerta cerrada, escuchó el grifo, estuvo al tanto, la puerta no tenía cerrojo, esperó y respiró aliviada cuando lo vio salir y sentarse de nuevo. Se sentó frente a él.

La joven habló, su voz suave y melodiosa se escuchó entre el murmullo de los árboles y el toque de violín.

“Mi abuela antes de morir me pidió que viniera, ahora me doy cuenta que me envió a ti. Yo no sabía que tú existías pero desde que me asomé a la ventana y vi el pabellón intuí que algo indefinible flotaba entre los árboles. Ayer, al saber que te traería la cena me percaté que mi abuela desde hacía tiempo pensaba que yo podría ayudarte. No tengo detalles de la tragedia pero sé que la pérdida de tu esposa y el hijo que esperaban te puso así”.

Lo que no sabía Livia era que Leandro pensó que debió morir con ellos. Trató de que así fuera, pero se lo impidieron. Tanto lucharon para mantenerlo vivo que lo convirtieron en una persona que espera resignado su tiempo de morir. Nadie podía impedir esa espera de muerto en vida.

La joven no quería rendirse porque estaba convencida de que Leandro llegaría a entender que el amor que le profesó la esposa estaba vivo porque las personas que mueren desean que sus seres queridos no mueran con ellos. Confiaba además que al respirar su dedicación Leandro pudiera reaccionar.

Livia se sintió distinta porque respiró la presencia de la persona más triste del mundo, la más desgraciada y la más hermosa que nunca vio y porque más allá del cuerpo delgado y los hombros encorvados por el dolor y la desesperanza, existía una persona que antes fue maravillosa y que todavía lo era a pesar de la furiosa tormenta que destruyó su fortaleza.

La joven parecía recitar un poema alegórico y eterno. Sus labios se movían y la voz que salía pretendía ser manantial fresco que aliviara el dolor de las heridas.

Livia le contó de su infancia, de la soledad y el desconsuelo ante la pérdida de su abuela. Le dijo de la timidez que la persigue y que la condena a ser una extraña que no puede salir del círculo estrecho donde da vueltas. Livia por primera vez en su vida fue ella sin tapujos y engaños, se mostró con la veracidad del cantor que no elude sus fracasos. Habló de su incapacidad para amoldarse a la risa fácil, al disfrute espontáneo. Mostró sus cicatrices y la ingenuidad de los diecinueve años.

La joven no sabía si la escuchaba pero a pesar de eso quería darse a conocer, enseñar sus ripios y medallas, quiso acercarse, tocar su corazón, ser su amiga, su confidente, quiso aferrarse a la idea de que sólo la sinceridad de las palabras tendería un puente para que él regresara.

Habló mucho, tanto que no se percató que las horas pasaban hasta que Leandro se levantó, la dejó allí sentada, fue al cuarto de baño, estuvo un rato dentro, luego salió. Fue a la habitación y se tiró en la cama. Livia fue donde él, le quitó las zapatillas, lo tapó con la manta y se sentó en la butaca que estaba enfrente. Leandro se durmió, ella buscó un libro de los que había en los estantes del salón. Regresó y empezó a leer hasta que un alarido la hizo soltar el libro y correr para abrazarlo como a un niño. En la bandeja había un papel y un frasco con pastilla. Leyó con cuidado, eran instrucciones de

Emma. Le dio una pastilla,

Livia amaneció acostada al lado de Leandro. Al despertar él aún dormía. La joven miró la hora, a las nueve vendría Manuel, se haría cargo.

Regresó a la mansión entró a la cocina. Emma la esperaba.

—Cómo te fue.

A Livia se le humedecieron los ojos.

—No sé si lo lograré, señora Emma, lo siento tanto.

—Es la primera vez, no puedes rendirte.

—Nunca me voy a rendir.

A Emma los ojos también se humedecieron.

—Me alegra escucharte, el señorito Leandro es la persona más querida en esa casa.

—Señora Emma.

—Dime.

—¿Puedo quedarme en las noche con él?

—¿Quieres?

—Claro. Me duele tanto que pase las noches solo.

—Nunca se ha quedado solo. Damián siempre ha estado con él pero ya las fuerzas no lo acompañan, de ahora en adelante Manuel velará por él en hasta que tú vayas—calló unos segundos. Luego continuó—. En el piso de arriba hay habitaciones, puedes dormir en una de ellas, no tienes que hacerlo si no quieres pero no sabes cuánto no alegramos. De todas formas Manuel o yo no habríamos ocupado, ya te dije, el señorito Leandro es la persona más querida de esta casa.

Livia subió a su habitación, se dio una ducha, se vistió y se dispuso a bajar donde doña Pilar, estaba a punto de salir cuando sonó el móvil, a la joven el

corazón le dio un vuelco al escuchar la voz de Alberto.

—¿Dónde te metes? Te he llamado pero no cogías el móvil.

Dijo el joven del otro lado.

— Usted sabe que ayer estuve con el señorito Leandro.

—Si lo sé pero anoche tarde te llamé de nuevo.

La voz se escuchaba molesta. Livia no se atrevió a decir que pasó toda la noche con Leandro, un extraño pudor la atacó.

—Regresé tarde, me dormí enseguida,

—Esta bien.

Alberto siguió hablando, le preguntó cómo encontró al primo, quiso saber de estado de salud y le veía posibilidad de cura. La joven le contó la experiencia y la tristeza que la embarga al creer que no podrá hacer nada para que así sea. Alberto molesto le censuró era vocación de enfermera de primera guerra.

—Deja las tontería, sírvele pero no entones tus lloreras, tampoco te creas María Auxiliadora.

Livia se molestó al escucharlo. Le recriminó, el joven se justificó alegando sentir celos por ese empeño de dedicarte al primo ido. Alberto volvió a su tono cariñoso, a la tibieza y la dulzura que la desarmaban. Le dijo que anoche pensó mucho en ella y que estaba deseoso de verla de nuevo.

—Si me es posible esta tarde voy a verte.

Y la despidió meloso, arrebatador, seductor y más que todo encantador. La joven terminó de hablar, guardó el móvil en el bolsillo de su falda. Livia quedó pensativa.

Bajó y llegó donde Pilar que la esperaba impaciente. La anciana nada más verla entrar preguntó por Leandro, Livia le contó con todos los detalles. Doña Pilar suspiró, su sobrino desde el accidente se negó a seguir vivo, hubo que ingresarlo, hubo varios intentos de suicidios a pesar de la vigilancia. Estuvo bajo atención medica por mucho tiempo. Ahora parece como si su mente se

hubiera escapado. Lo médico dicen que su sobrino cree que debe vivir para expiar la muerte de su familia. Piensa que existir es su castigo.

—Ten paciencia hija—dijo la anciana.

—Tendré toda la paciencia del mundo pero será difícil, muy difícil.

—Doña Pilar.

—Dime mi niña.

—¿Cómo fue el accidente?

—No quiero recordar.

—Lo sé pero según usted la esposa murió y el señorito Leandro salió ileso.

—Así fue, nada más se dio un golpe que lo dejó inconsciente, cuando recuperó el conocimiento Leonor estaba muerta. Al saberlo perdió la razón, tuvieron que ingresarlo. Nunca se ha recuperado.

—¿El iba conduciendo?

—Si, iban a un concierto, Leonor era profesora de violín en el conservatorio. A los dos les gustaba mucho la música.

—¿Exceso de velocidad?

—No, perdió el control del auto, se salió de la autopista, la policía ha investigado, han llegado a la conclusión de que el coche tenía problemas mecánicos. El chofer declaró que había alertado a mi sobrino y que al parecer no hizo caso.

Doña calló, tenía los ojos nublados por las lágrimas, Livia la abrazó fuerte.

—Todos sabemos que además del dolor por la pérdida, a mi sobrino lo mata la culpa.

—No lo creo.

—Es verdad, lo mata la culpa.

—No es cierto, anoche conocí a una persona extraordinaria, no creo que Leandro llevara a su esposa y al hijo que esperaban a la muerte.

—Pero si lo dijo el chofer, lo declaró, él había revisado el coche.

—Eso no es posible,

—¿Por qué estas tan segura?

—Ya le dije por qué. Una persona como Leandro no expone a su familia.

— Fue un error, todos cometemos errores.

—Él no.

Doña Pilar miró a Livia intrigada y recelosa.

—Mira que eres rara muchacha. Los investigadores llegaron a esa conclusión, mi sobrino no ha dicho cómo fue el accidente y ahora tú me sales con que no fue así.

Livia sentada frente a doña Pilar quedó con la mirada fija en un punto inexistente. Luego los ojos grises a veces, a veces verdes quedaron detenidos en el rostro de la anciana.

—Leandro Corbalán es un hombre metódico y cuidadoso, eso lo mantiene a pesar de negarse a vivir. No creo que se subiera a un coche con su esposa embarazada sabiendo que tenía problemas.

—De todas formas qué importancia tiene, están muertos, incluso él.

—¿Quién es el heredero de la riqueza de los Corbalán?

Doña Pilar esta vez abrió la boca y frunció el ceño.

—Mi sobrino.

—¿Por qué?

— Para mi padre yo era una pecadora, a Manuela la desheredó. Por eso dejó todo a Leandro. Mi sobrino se hizo cargo del negocio familiar al regresar de Oxford.

—¿A que vienen tantas preguntas? —dijo la anciana—, te veo muy preguntona, son asuntos de familia que no te incumben.

—Discúlpeme—dijo Livia apenada—, pero necesito saber, quiero luchar para que el señorito Leandro vuelva a ser normal.

—No sé que traes pero si lo haces por mi sobrino, está bien. Además mi

niña...

—¿Además qué?

—No sé cómo lo logras pero por lo menos a mí, me inspiras mucha confianza.

—Gracias doña Pilar. Necesito su apoyo.

—Lo tienes de todos, no te preocupes.

Livia estuvo atareada con doña Pilar, ahora estaban más unidas, ambas tenían en común la preocupación por una persona que moría en el abandono de sí mismo. Hacerlo regresar era tarea de todos.

La joven se sentía más comprometida por lo que se esperaba de ella, también la impulsaba el sufrimiento que Leandro mostraba. La tristeza del heredero le oprimía el pecho, su tragedia la hundía en la lástima.

La joven pasó todo el día febril deseando que llegara la hora de la cena para ir donde Leandro, apenas atinaba en su atención a doña Pilar, la anciana se dio cuenta trató de sacarla del empecinamiento.

—Tampoco tienes que tomarlo tan a pecho no vaya a ser que ahora la que se enferme seas tú. Contrólate, quiero mucho a mi sobrino pero tampoco quiero que te me pongas obsesiva, eso no es lo mejor, así que pon un poco de música.

Livia prometió calmarse, ella también entendió que poco podía ayudar si se ponía de los nervios.

—Tiene mucha razón, la calma es lo primero para que el cerebro funcione, tengo que poner todos mis sentidos en función de hacer que el señorito Leandro se recupere.

—Si te oye decirle señorito te ganas un regaño. Leandro odiaba los tratamientos protocolares. Trataba a todo el mundo por igual, rechazaba el trato servil, se llevaba muy bien con todos los empleados. El y Leonor

detestaban la vida social, se refugiaban en la música, los libros.

La anciana calló.

—Siga doña Pilar, hábleme más de él.

—¿Qué puedo decirte? No era un santo pero sí era una persona muy buena, creo que en eso salió a su padre. Mi cuñado Francisco era igual, creo que mi hermana Luisa murió antes de tiempo porque se quedó sin su marido. Ellos se adoraban. Mi sobrino y Leonor también se adoraban. Esa rama de la familia salió muy de querer.

Doña Pilar quedó callada y pensativa. Livia trató de no seguir pero ella continuó.

—Yo también me enamoré así pero mi Evaristo era un pobretón. Mi padre dijo que ni muerto. Fui una cobarde, tuve miedo a la pobreza.

—No siga doña Pilar, le hace daño.

—Temí que me desheredara. Lo demás ya te lo he contado.

Livia puso un concierto para violín de Mozart.

—Ese le gustaba a Leonor, muchas veces lo tocaba.

—¿Era guapa?

—Lo era pero no creo que eso era lo más importante para ellos. Leonor no hacía gala de belleza, era muy sencilla. Mi sobrino Leandro no es el de ahora, antes era muy guapo, muy divertido. No todo era música clásica. A veces salían a bailar, a disfrutar con los amigos como hacen todos los jóvenes de hoy.

Doña Pilar recordaba pero esta vez lo hacía con nostalgia, no con llantos.

—Todos no pusimos muy contentos con el embarazo. Ellos hacía rato que deseaban tener hijos, Leonor tuvo que ir a especialistas. Al fin lo lograron.

Al llegar ahí la anciana se quebró, las lagrimas brotaron, Livia se asustó y de inmediato cambió la conversación, quitó a Mozart y puso algo más movido, se sentó a su lado y le habló de las joyas de Catalina la Grande.

—¿Quién fue esa?—preguntó doña Pilar enjugándose las lágrimas.

—Fue una emperatriz rusa muy inteligente y atrevida. Cuentan los libros que murió del una apoplejía cuando estaba en el retrete, también dicen que hasta el final tuvo amantes. Se los escogían entre los guardianes del palacio, una de sus damas los probaba antes de ella usarlos. Al otro día si te vi ni me acuerdo, aunque los despedía con muchos regalos. Comentan los libros que fue insaciable.

—¿Estás inventando?

—Diría mejor, adornando.

—Me parece que te estás espabilando, miren la mosca muerta. Ya no se puede confiar ni en los pasmaos.

CAPÍTULO 13

Alberto miró la hora, apuró lo que estaba haciendo. Hoy quedó en visitar a Manuela. La madre es el pretexto para ver a Livia, por suerte Mónica ha cambiado. Las visitas a los Corbalán no levanta sospechas, el joven para despistarla alega que su señora madre está pasando unos días fatales por culpa de una migraña que los médicos no atinan a saber las causas.

Manuela por su parte ayuda al hijo en sus mentiras aunque no está muy convencida del triunfo del sacrificado que lucha por la causa. El joven alega que todo va viento en popa y que la desteñida cada vez está mas rendida. Solo le falta la última estocada: lograr que la muchacha acepte irse a la cama con él. Hasta ahora Livia se resiste no por falta de amor sino por pudor.

Al joven la resistencia de Livia lo tiene enervado, cada día que pasa los deseos de poseerla aumentan. Livia le gusta mucho, mientras más recatada y modosa más se levanta su fusil con ganas de fulminarla de un disparo placentero. Está a punto, piensa goloso y recuerda el señorito tonto que ella suelta cuando le mete la lenguas en los oídos y el suspiro que trata de contener cuando la aprieta y le afinca el miembro con ganas de entrar a la gruta cerrada a cal y canto.

Alberto, está impaciente, las ganas lo matan y su plan se dilata. Cada vez que se encuentra con su amada extraña indaga sobre el orate que ella atiende. Livia, para asombro del joven, cuando surge la conversación es más extraña que nunca. La joven evita el tema, rechaza hablar de Leandro y eso al gran Alberto le patea los cojones. Un sentimiento confuso empieza a sentir al percatarse de que sus planes parecen sucumbir ante una tonta ensimismada

que calla cada vez que de Leandro se trata. En esos momentos Alberto esconde la furia y la rabia porque solo le escucha lamentarse de no lograr que el orate salga del mutismo al que se aferra sin decir palabra. La preocupación de Livia, la angustia que muestra, le provocan tal furia que le dan ganas de salir y apretar al ido por el cuello hasta sacarle la lengua.

El joven piensa que solo llevando a Livia a la cama podrá lograr la calma. También está seguro que solo eso hará que se alíe con él para alcanzar la felicidad que solo el dinero de los Corbalán podrá darles. Hoy tratará de convencerla, la amará más que nunca, le rogará más que nunca y será más fogoso que un dragón ciego.

Alberto se recostó en el asiento pensativo, hoy está dispuesto a todo, por suerte la Mónica no jode tanto, desde el cuento de la viagra está más tranquila, supone que el medio impotente marido no puede andar por ahí conquistando a golpe de pastillas. También Isabel espera más paciente, al final se ha dado cuenta que le gusta a rabiarse el frenético Alberto y que prefiere sus coitos alevosos a un matrimonio forzado, confía en que tarde o temprano el amante asuma la necesidad de estar siempre con ella y no con la desequilibrada de su mujer.

Recostado en el sillón de cuero cierra los ojos y frunce el ceño porque sin saber por qué surge la imagen de Livia. La ve y no le desagrada, al contrario, le gustan sus rostro limpio y los ojos a veces verdes, a veces grises. Le complace su inocencia, sus cabellos y su cuerpo esbelto. Se viste desastroso, se dice pero no logra repudiarla por eso.

Ensimismado en sus pensamientos no escucha la puerta abrirse. El hola del suegro lo hace brincar de asiento. Alberto se yergue, hace ademán de levantarse pero don Gabriel se lo impide con un gesto. Llega y se sienta frente a él.

—Estás muy aplicado —dijo burlón.

—Siempre he sido aplicado—dice Alberto con algo de molestia.

—Es cierto pero últimamente te ocupas más. Ya no visitas tanto a tu abogada.

—Le dije que solo era sexo, amo a su hija.

Los ojillos burlones se afincaron en la cara de Alberto, parecían hurgar más allá.

—Te creo aunque también me llama la atención la tranquilidad de Mónica.

—A mi no me extraña, sabe que la quiero mucho.

—Se que la quieres mucho, no le repitas como un papagayo. Me alegro que todo marche bien, ya sabes si sucede lo contrario.

Alberto se inclinó.

—Don Gabriel.

—Dime.

—¿No he sido buen yerno?

Don Gabriel se pasó la mano por la cabeza.

—Si lo has sido pero...

—¿No he trabajado bien?

—Si pero...

—¡Pero qué cojones, deje ya de amenazarme!

Don Gabriel se quedó mudo, nunca había visto la furia de Alberto. Había escuchado comentarios pero no estaba seguro hasta ahora que nota el semblante de perro rabioso. El potentado estuvo a punto de sacarlo a patadas de su empresa pero pensó en su hija adorada y también sintió, ¿por qué no?, algo de orgullo, algo de miedo ante tanta fiereza. El señor de los millones respiró fuerte antes de contestar.

—No te amenazo, solo te aconsejo. De todas formas es cierto que lo has hecho bien. Disculpa se me he pasado un poco.

Alberto recobró su semblante usual, trató de quitar hierro al asunto.

—Discúlpeme usted es que me duele su desconfianza.

Don Gabriel y Alberto firmaron la paz, hablaron de los negocios de los contratos a firmar y del póker, el tenis y de los chismes de la alta sociedad. Evitaron hablar de mujeres porque ambos quería parecer hombre amantes del hogar y la familia.

Don Gabriel se marchó casi orgulloso del yerno aunque allá muy allá, perdido entre las dudas el hombre rico descubría que no confiaba y que el marido de su hija era un camaleón que acechaba en las ventanas. Por su parte Alberto se rascó los huevos no pensativo sino molesto porque a pesar de su empeño al viejo rico era duro de engañar.

Livia a esa hora estaba enfrascada en convencer a doña Pilar. Quería que anciana la acompañara a dar un paseo. Caminar un rato era bueno para la salud, pero la anciana no entendía, alegaba que le dolían los pies y que se cansaba mucho.

—Vamos despacio, no llegaremos lejos, sólo quiero que disfrute de la naturaleza.

—Para naturaleza estoy yo. Caminar me cansa, me gusta andar en coche, para eso se inventaron.

Después de mucho rogar la convenció pero nada de llegarse al lago, un paseílllo corto, hasta el final del jardín, no más.

—Está bien.

Salieron, Livia la tomó de brazo, andaba despacio y con cuidado. Elena las vio irse. Al avanzar un poco la anciana quiso sentarse en un banco cerca del pabellón. Livia miró con tristeza. Doña Pilar se dio cuenta.

—No te apures, cada cosa tiene su tiempo.

—Es que ya hace varios días que estoy con él y nada. Se mantiene igual. Me paso hablándole desde que llego hasta que se acuesta, soy una cotorra.

—¿De qué hablas tanto?

—Le cuento de todos, de la vida en la casa de usted de doña Manuela, del señorito Alberto...

—¿Te gusta?

—¿Quién?

—¿Mi sobrino Alberto?

Livia enrojció hasta la raíz del cabello.

—¿Por qué me pregunta eso doña Pilar?

—Porque no soy tonta, sé que viene casi todos los días, antes no era así. Todos mundo sabe que salen a pasear en las tardes—la miró con fijeza—, eres muy joven, Alberto es un gallito peligroso.

Calló, la joven tembló por dentro, no sabía qué decir, no tenía palabras para explicar lo que sentía por Alberto. El alejamiento de Leandro la lleva a andar por senderos erráticos. El joven es apasionado, guapo, seductor.

— Me gusta el señorito—dijo tímida—no quiero que usted piense que me propongo algo, se que no está a mi alcance pero no lo puedo evitar.

Doña Pilar le pasó el brazo por los hombros, la atrajo.

— Alberto es muy guapo, es un seductor, no creí que te gustara ese tipo de hombre. Si es así ten mucho cuidado.

—Trato pero cuando estoy a su lado no sé quien soy, me pongo fatal. Ayúdeme doña.

—¿Ayudarte? Buena soy yo. A tu edad me derretía igual, unos ojos tibios me tiraban contra los muros. No hay cura ni ayuda para eso. Solo queda aconsejarte, pero ni tampoco. Estos tiempos son otros, renunciar a un gusto ni pensarlo así que lo único que me queda decirte es que seas discreta y te

cuides.

—No hablemos más sobre el asunto. Si quieres podemos llegar hasta el lago.

—¿Se atreve?

—Voy bajo protesta pero todo sea por la salud. Andando.

Se levanto con pretensiones de anciana ágil y caminante, Livia aguantó la risa al verla tan decidida. Se puso al lado de ella.

—No tan rápido—dijo—, despacio llegamos, corriendo no.

Y la tomó por el brazo y la obligo a disminuir la velocidad. Al rato olvidaron el momento amargo, Livia reía con las salidas de la anciana. Doña Pilar era feliz al lado de la joven que a veces ocupaba el lugar de la hija que nunca tuvo.

—Doña Pilar.

—Dime.

—¿Usted nunca ha ido al pabellón?

La anciana se detuvo.

—Una vez lo hice. Leandro se puso muy mal, los médicos aconsejaron que la familia se mantuviera al margen. Parece que vernos le despierta algún recuerdo. Ni Manuela ni Alberto ni yo podemos acercarnos.

Llegaron hasta el lago, se sentaron, doña Pilar rezongó, estaba molida, los pies dolían y tenía calor.

—Usted verá ahorita está descansada.

—Es precioso este lugar, ya ni me acuerdo de la última vez que estuve aquí. A Leandro y Leonor les encantaba. Solían venir a menudo.

Livia pensó en Leandro y se estremeció. No dejaba de pensar en él ni un minuto, siempre le tenía en su mente. Siempre escondía el deseo de correr donde él. En las mañanas cuando regresaba a la casona se iba con angustia, dejarlo le dolía. Pasaba el tiempo ansiosa de que llegara la noche para

regresar.

—Siempre quiero estar a su lado—dijo en voz baja—, tengo tantas ganas de que me vea aunque sea un segundo que a veces ni duermo.

Doña Pilar la escuchó con la vista fija en las aguas quietas del lago.

—Ten fe mi niña, lo lograrás.

Regresaron, doña Pilar estaba tan cansada que se tiró en la cama nada más llegar después de que Livia la ayudara a bañarse y ponerse cómoda. La anciana se durmió y la joven subió a su habitación. Se duchó y se tiró en la cama con la bata puesta. Medio adormilada escuchó el móvil.

—Dentro de poco salgo, voy directo a verte espérame en el banco del lago—dijo Alberto del otro lado—Estaré allí dentro de media hora.

Colgó, no la dejó ni hablar, a Livia el corazón le dio un vuelco. Las manos le temblaban al poner el móvil encima de la mesilla. Se levantó, se vistió, miró la hora y se sentó en la cama. A los pocos minutos caminó hacia la ventana, la mirada se detuvo en el pabellón, la tristeza la envolvió, cuánto amaba al hombre silencioso, cuanto ansiaba que la viera aunque fuera unos segundos. A su mente vinieron las palabras de doña Pilar. La renuncia no se usa en estos tiempos pero la idea de dar un paso en falso la paraliza. Pensó en Alberto, no lo ama pero puede que a su lado su obsesión por Leandro disminuya.

Livia llegó al lago, se sentó en el banco y una vez más miró las aguas quietas, al hacerlo se debatía entre el deseo y la duda, entre timidez y la osadía de cerrar los ojos y dejarse llevar por la pasión.

—¿Hace mucho que esperas?

Livia se levantó de un salto, Alberto la atrajo y la besó sin darle tiempo a

reaccionar.

—Estaba loco por verte—dijo ahogado—, te desea tanto muchacha tonta y beso los cabellos, la frente, las mejillas, los labios se detuvieron en los pechos cándidos que se proyectaban tras la blusa, los besó por encima de la tela, después zafó los botones y mordió los pezones que se erizaron detrás del sujetador.

—Déjame poseerte aquí mismo—dijo.

La joven desfallecía, su cuerpo temblaba y respondía a los besos, se apretaba al hombre que la enardecía.

—Yo también quisiera—dijo con voz inaudible.

—Dímelo en voz alta—dijo él apartándola.

Livia calló avergonzada.

—Pídelo—ordenó Alberto.

—Yo también quiero—repitió ella.

—Que cosa quieres.

—Que me ame.

Alberto se sentó.

—Súbete la falda.

Livia frente a él quedó azorada.

—Es mi primera vez—gimió.

—Súbete la falda y encarámate.

Alberto estaba sentado frente a ella, su falo se veía erecto desafiante. Livia miró avergonzada.

—Así no señorito, me da pena.

—No seas tonta, ven—la haló para subirla—qué pena, ni pena, ya verás cómo gozas ven, déjame que te la meta.

—Así no puedo señorito. Por favor.

Alberto se puso furioso, se levantó cerró la cremallera, respiró tratando de

calmarse, la abrazó de nuevo, quiso ser cariñoso pero la voz se salió dura.

— Si te gusto como dices no tienes por qué ser tan anticuada. Tienes que quitarte esas tonterías de la cabeza, cuando hay ganas no hay remilgos que valgan.

—Disculpe señorito.

—Deja el señorito me tienes harto.

Livia estaba muerta de vergüenza, apretó los ojos para impedir las lágrimas. Alberto la atrajo, le habló cariñoso.

—No llores, disculpa mi brusquedad, es que me vuelves loco, me gustas, te quiero, te necesito, no puedo esperar más.

Le besó las lágrimas, la miró con ternura.

—Lo haremos como a ti te gusta, mañana en la tarde alquilo una habitación un hotel cerca de aquí. Pide la tarde libre, seguro que nunca lo has hecho, te recogeré a la salida. ¿Qué te parece?

Livia asintió con la cabeza.

— ¿Te gusta la idea?

—Si—dijo ella con firmeza.

—Así me gusta, mañana seré el hombre más feliz del mundo, no sé que me pasa pero no duermo pensando en la hora de hacer el amor contigo, suena ridículo pero no quiero asustarte si te digo que las ganas de follarte me enciende la polla y tengo sueños húmedos. No te gusta así pero me parece más real que lo de hacer el amor. Mañana te llamo.

Antes de despedirse Alberto preguntó por Leandro, ella dijo que seguía como siempre.

—Quiero que hagas todo lo posible por agradarlo, Leandro es muy rico, a lo mejor y se enamora de ti, eso sería bueno.

Livia quedó silenciosa, luego lo miró con fijeza, la joven escondió la sorpresa, la decepción y la pena que le causaron las palabras de Alberto.

—No creo que el señorito Leandro se enamore de nadie, adoraba a su mujer.

—Esa no existe y mi primo es un hombre como otro cualquiera. Enamorarse de ti sería fácil. A mi me tienes loco.

Alberto miró la hora.

—Me tengo que ir, mañana “haremos el amor” y hablaremos. Voy a divorciarme de Mónica, para estar contigo pero primero tenemos que hacer ciertas cosas, espero que al final podamos casarnos y disfrutar de la buena vida.

La besó con furia, con deseo y con rabia porque se iba en blanco y tenía que esperar a mañana para al fin follar con ella. La apretó con fuerza y le dijo al oído que nunca sintió algo semejante.

—Me dominas, me arrebatas chica tonta.

Livia y Alberto se despidieron, el joven entró a ver a doña Manuela, la joven subió a su habitación. Se quitó la ropa y se volvió a dar una ducha, restregó el cuerpo con fuerza, bebió las lágrimas. Terminó de ducharse, se puso la bata de baño, salió y se asomó a la ventana, quedó unos minutos mirando, ansió estar con Leandro. Se separó de la ventana, se vistió y fue a la habitación de doña Pilar, por suerte la anciana aún dormía.

Livia entro al saloncito, se buscó un libro y se sentó a esperar la hora de la cena.

Alberto en esos momentos hablaba con doña Manuela, la ponía al tanto del plan.

—Está a punto de caer—dijo frotándose las manos—, la tengo derretida y eso que todavía no me la he follado. Mañana tendré un buen bocado.

—Cuidado con lo que haces—dijo la madre—, según Julia, los sirvientes comentan que es muy inteligente y que parece tonta pero es todo lo contrario.

—Nada de eso tiene que ver con enamorarse hasta las trancas. Muchos se han vuelto locos por el mete y saca. Deja que la atraviese con mi estaca.

—Deja tus groserías—dijo doña Manuela con irritación—, no tienes clase hijo de mi alma, sigues siendo un verdulero, en el sentido literal de la palabra. Los ojos de Albertos se achicaron por la furia.

—No me busque que me conoces—dijo babeando de rabia.

Doña Manuela se asustó, trató de suavizar.

—Disculpa, no lo haré más.

—Así me gusta.

—Aunque no lo creas me preocupó por ti cariño—dijo doña Manuela—, ten cuidado con esa Livia, puede hacerse la mosquita muerta. Es cierto que muchos pierden la cordura pero a lo mejor tu Livia no está en esos muchos, puede ser la de los pocos.

—No lo creo, es tan anticuada que da grima, es de museo arqueológico. Esa hará lo que yo diga. Como haces tú madre querida.

Manuela y Alberto hablaron un rato más, ella trató de que Alberto olvidara el enfado, él quiso ser amable y esconder lo mucho que la detestaba.

CAPÍTULO 13

Esa noche después de cenar con doña Pilar, Livia se dirigió a la cocina, cogió la bandeja que le dio Emma y salió presta rumbo al pabellón. Llegó y como siempre puso la bandeja en la encimera, se dirigió al salón y se paró frente a Leandro que mantenía la mirada ausente.

—Soy Livia—dijo la joven—, estoy aquí y no sé qué hacer para que me veas, tampoco sé si me escuchas pero hoy quiero decirte algo muy íntimo.

Livia calló unos segundos, tomó aire. Habló despacio.

—Te amo Leandro. Te amé desde el primer día que te conocí.

Al decir aquellas palabras sintió que estaba ante el hombre que amaría para siempre. La imagen de Alberto se diluyó como pintura falsa que encandila en los inicios. Sentado, sin hablar y si mirarla Livia percibió que Leandro era el fin del recorrido que la llevó al sitio donde ahora está y que quizás su abuela le dijo que viniera para que lo amara y tratara de sacarlo de la bruma.

Se abrazó a él, besó los cabellos, la frente y los ojos que seguían sin verla. Livia no se explicaba la angustia, el latido de su corazón, las lágrimas que no podía detener. Se agachó de nuevo para decirle entre sollozos que insistiría. La joven se levantó, se secó las lágrimas de un manotazo.

—No voy a rendirme—le dijo—, estaré aquí contigo toda mi vida si es preciso pero lucharé hasta hacerte regresar para que sepas que te amo.

La joven abrió su corazón, se mostró como lo había hecho desde el primer día

que llegó. Livia le habló Alberto, del deseo que ha despertado en ella y de las dudas que la asaltan porque presume que el joven no es el galán soñado. A veces la confunde a veces le duele verlo tan neurótico y violento. Sin embargo en los momentos de ternura Alberto es otro, en esos momentos siente que puede estar con él. Livia calló unos segundos.

—No lo amo, te amo a ti desde que entré por esa puerta, te amo pero sufro al ver que no puedo lograr que me veas. Todos las noches vengo con la esperanza de escuchar una palabra. Sé que es imposible que me ames, sé que una tonta insignificante pero no puedo evitar quererte.

Livia confesó sus dudas, confesó que no se sentía capaz de despertar amor en nadie pero Alberto insistía, era guapo, seductor, decía que la amaba.

La joven se agachó, Leandro miraba a través de la ventana.

—Alberto quiere que mañana vaya a un hotel con él, quiere que nos vayamos a la cama, dice que no aguanta más sus deseos de poseerme.

Livia recostó la cabeza en las piernas de Leandro, dejó que las lágrimas brotaran.

—No sé que hacer Leandro.

—No lo hagas—dijo una voz nunca escuchada.

Livia sintió que una mano rozaba sus cabellos, volvió a escuchar el no lo hagas más quedo.

Livia se alzó un poco, pegó la cabeza al pecho de Leandro y no pudo aguantar los sollozos que la ahogaban.

—No lo haré, no lo haré.

Y ella sintió la mano que acariciaba su cabeza y ella no lloró más que la elevaban a las nubes.

Livia dejó de llorar, se levantó. Los ojos de Leandro reflejaban angustia, temor. Livia lo abrazó de nuevo.

— Quédate tranquilo, te prometo que no lo haré—dijo con firmeza—, ahora

tienes que cenar.

La joven se dirigió a la cocina, regresó con la bandeja, le dio la cena tan feliz que se sentía que flotaba.

—Creo que nunca he sido más feliz en mi vida.

Leandro alzó la vista.

—Me alegro—dijo Leandro.

—Creo que me voy a desmayar.

—No lo hagas, no podré levantarte.

La joven puso la bandeja en la encimera y empezó a dar vueltas, reía lloraba, saltaba sin poder controlarse. Leandro la miraba y ella supo que por fin la veía.

Leandro se levantó, se dirigió a la habitación, ella quedó sin saber que hacer. Sintió el ruido en el baño, la puerta que se abría. La muchacha se asomó.

—Voy a dormir—dijo Leandro.

—¿Quiere que duerma aquí contigo?

—Si quieres.

Livia entró, le quitó las pantuflas y lo ayudó a acostar. Luego se acostó junto a él.

—¿Quieres que venga mañana en el día?

Leandro ladeó la cabeza, le rozó el pelo con los dedos.

—Si quiero, así estaré más tranquilo.

—¿Por qué?

—Porque no confío.

—Te prometí que no lo haría.

—De todas formas quiero que estés conmigo mañana.

Livia apenas durmió por la alegría, también porque el sueño de Leandro fue

tranquilo y no tuvo que darle las pastillas. Al otro día la joven se levantó con cuidado para no despertarlo, iba despacio hacia la puerta cuando escuchó un regreso pronto que la dejó paralizada, se repuso, se volvió y besó la frente de Leandro que mantenía los ojos cerrados.

— No te preocupes, dentro de un rato estoy aquí.

Nada podía definir la emoción y la felicidad que la acompañó por el trayecto. Livia no sabía interpretar las razones por las que Leandro le era tan cercano. No sabía cómo explicar la reacción de Leandro pero sí sabía con certeza que sin Leandro no había nada. Con esa certeza y con la felicidad a cuestas entró en la cocina de la mansión y quedó detenida junto a la puerta. Emma que la esperaba vio tal brillo en sus ojos que se puso el corazón en el pecho.

—¿No me diga que es verdad lo que imagino?

—Es verdad señora Emma, Leandro me habla.

Las dos mujeres se abrazaron llorando, Emma no atinaba a decir palabras, solo repetía el gracias, Livia hasta que la joven tuvo que calmarla.

La joven se apartó.

—Todavía tengo mis miedos—dijo—, fueron pocas palabras, pero me parece que pronto se recuperará del todo.

—¿Qué te dijo, cuéntame?

Livia no quiso mencionar lo de Alberto y él no lo hizo, omitió el detalle.

—Nada importante, le pregunté si quería que me quedara a dormir y me dijo que sí. Quiere que regrese en el día. Me lo pidió antes de venir para acá. Voy a subir a cambiarme, quiero volver pronto.

—Sube mi niña, sube y regresa yo me ocuparé de doña Pilar, tengo que tener cuidado al darle la noticia, su alegría será inmensa. Es cierto lo que dices, hay que ser cuidadoso, puede recaer.

Emma daba vueltas, reía, lloraba, no atinaba nada.

— Leandro es el sol de esta casa, todos lo queremos porque es caballeroso, tierno, amable. No niego que tenga sus defectos pero es tan buena persona que apenas se notan. Desde el accidente todo se oscureció, desde entonces estamos luchando para recuperarlo. Nunca olvidaremos lo que has hecho.

—No fui yo, creo que fue su bondad lo que lo hizo regresar.

—¿Por qué dices eso?

Livia calló unos segundos.

—A lo mejor dentro de poco podré explicarlo, ahora no estoy segura.

Livia se duchó, se cambió de ropa y bajó. Emma le dio la bandera con el desayuno la despidió apurada.

—Vete tranquila, yo les llevaré la comida. Nos ocuparemos de Doña Pilar.

La joven se dirigió al pabellón temerosa de que todo se desvaneciera como si fuera un sueño. Entró puso la bandeja en la encimera, caminó hacia el salón.

Leandro miraba el paisaje a través de la ventana.

—Acércate—le dijo sin volverse.

Livia lo hizo quedó detenida frente al ventanal.

—¿Qué te parece?—dijo Leandro señalando el paisaje.

—Es precioso, a veces salgo a dar un paseo, llego hasta el lago.

Leandro se volvió y por primera vez la joven pudo ver su mirada limpia sin huella de ausencia.

—Eres muy joven—dijo.

—No tanto, el mes próximo cumpla los veinte.

—Ya no recuerdo ni mi edad, creo que estoy en los treinta y cinco.

—Te ves más joven.

—¿Sí? No me halagues, soy un anciano al lado tuyo—quedó unos segundos silenciosos— haz lo que siempre haces. Nada ha cambiado.

Livia caminó, se paró frente a él, se agachó, recostó la cabeza en sus rodillas

y empezó a hablar. Como siempre la joven abrió su corazón al hombre que la escuchaba en silencio. Como siempre contó pasajes de su vida allá en el pueblo donde la presencia de la abuela la hizo tan feliz. Igual que otras veces le dijo que cuando lo vio la primer vez la soledad desapareció para siempre porque su compañía tuvo la virtud de hacerla diferente.

—Desde entonces lo único que quiero es estar contigo.

—Me quieres porque me ves como un anciano desvalido.

—No, te quiero porque eres el amor de mi vida.

—¿Y Alberto?

Livia alzó la cabeza, se levantó, quedó pensativa.

—Son dos cosas distintas, Alberto saca lo primitivo, el deseo. Posiblemente hubiera aceptado una relación que aplacara la lujuria pero nunca me iba a separar de ti porque a ti te quiero aunque no me mires ni me hables. Te quiero medio muerto o medio vivo, te quiero aunque no tenga sexo. Te amo desde el mismo instante en que supe que existías.

—El amor de pareja lleva sexo. No es amor de hermano, ni de padre ni de abuelo.

—Lo sé, pero también sé que no tengo la preparación para teorizar sobre este asunto pero si para explicar mis sentimientos. Me gustas y te quiero, las dos cosas, y deseo que me metas en la cama aunque no me ames pero también quiero estar contigo incluso sin el sexo.

—Es bonito lo que dices pero no puedo darte nada, estoy muerto. Lo único que puedo darte es un gran cariño porque eres la chica maravillosa que despertó en mi el deseo de participar de nuevo en este juego absurdo al que los optimistas llaman vida—la miró pensativo—. No niego que eres un regalo para cualquiera menos para mí.

Livia se sofocó, las lagrimas asomaron.

—Por favor Leandro quédate conmigo.

Leandro le dijo que se acercara, ella se inclinó, lo besó en la frente, la nariz, los labios.

—Dame una oportunidad, no te niegues.

—No puedo, maté a la mujer que adoraba y al hijo que esperábamos, sería una traición.

Livia siguió besando el rostros, los oídos, el cuello.

—No es cierto, no lo hiciste—decía sollozando.

Leandro la separó, secó sus lágrimas con los labios.

—No llores más, eres muy joven, esto es un espejismo.

—No lo es.

—Está bien, al menos te prometo que estaré contigo hasta que tú quieras, no niego que tu presencia me revive un poco pero no mi pidas el amor que no puedo darte. Ahora busca el desayuno, tengo hambre.

Livia y Leandro comieron con apetito, luego ella llevó la bandeja a la cocina, regresó y se sentó nuevo. Hablaron por largo rato, después Leandro puso música, buscó un libro, le leyó a la joven un pasaje del Ulises. Mientras leía paseaba por el salón absorto. Livia lo miraba tan rendida y enamorada que se creyó un personaje de novela, una dama antigua con muchas enaguas y miriñaque. Una de otro mundo que se perdía entre la bruma y el incienso. No entendía al escritor inescrutable, le eran nuevos el aire que rozaba las paredes y el fulgor que desprendía la silueta del lector en su andar y desandar. No entendía pero si vivía en la fragancia que desprende la certeza de avizorar lo inalcanzable.

A la hora de la comida Leandro habló de ducharse.

—Me ducharé contigo.

Leandro la miró dudoso.

—Está bien—dijo moviendo los hombros.

Fueron al cuarto de baño, Leandro se desnudo, entro en la ducha, Livia también se desnudo. Entró también, Leandro la miró de arriba abajo.

—No te depilas—preguntó divertido.

—Nunca lo he hecho, no lo necesitaba—dijo Livia sin pena—, mañana mismo lo hago.

También compraré las píldoras.

—¿Para qué?

—Para nada, por si acaso.

—No creo que puedas levantarlo—dijo Leandro con más burla.

—Si me dejas lo intentaré.

—No sabes hacerlo.

—No te preocupes hay una buena bibliografía sobre eso.

—Estás aprendiendo mucho.

—Ya te lo he dicho, te amo porque al lado tuyo me siento libre.

—Así que ahora ser atrevida tiene otro nombre.

—Lo mío no es atrevimiento, es amor.

Ven acá. La atrajo junto a él y abrió el grifo, el agua empezó a caer, Livia se pegó, lo besó en el pecho, alzó la cara, lo miró.

—¿Me dejarás probar?

Hubo un amago de sonrisa que a la muchacha le supo a gloria.

—Si sigues como vas a lo mejor no necesitas los estudios.

Livia bajó la mano acarició el pene, los dedos se movieron como gusanillos, luego lo cogió. Leandro la guió, le dijo ve despacio. Ella siguió hasta que él le quitó la mano, la pegó a él, apretó las nalgas empinadas, tersas.

—Creo que lo lograste—le dijo al oído.

Livia se afincó más para sentir la verga endurecida, el inclinó la cabeza, besó las tetas agradecido.

—Abre las piernas—le dijo—, hoy no puedo poseerte, déjame frotar, llevo

mucho tiempo sin hacerlo, no podré complacerte como quieres

—No me importa.

Leandro metió la mano, los dedos frotaron el clítoris mientras la besaba despacio. Siguió sabio y concentrado hasta que ella gimió desolada y se fue de costado, entonces él le llevo la mano a su verga, le enseñó a moverla hasta que le sacó el liquido que salió disparado. Livia y Leandro se abrazaron. Quedaron silenciosos mientras el agua les caía sin reparos.

Alberto esperaba ansioso la hora de verse con Livia, todo lo tenía listo, el hotel el vino caro y la soledad de una habitación acogedora. Al joven sentado en su butacón de cuero el tiempo se le hacía eterno. Apenas atinaba a leer un informe. Llamó a Roberto que llegó de inmediato.

—Sigue con esto—le dijo—, apenas puedo leer, estoy alterado.

—¿Qué pasa, problemas con Mónica?

—No, a esa la tengo bien controlada, un polvo de vez en cuando y basta.

— ¿Isabel?

Con esa es más difícil pero lo arreglo con la enfermedad de mi madre.

—¿Es cierto que está enferma?

—Sí, esta tarde debo llevarla a que le hagan un chequeo.

—¿Te irás temprano?

—Sí, eso pienso. ¿Has visto al suegro?

—Hoy no vino, creo que fue a Londres, regresa por la noche.

Alberto sonrió complacido. La lejanía del suegro le encantaba.

Roberto se fue y Alberto quedó pensativo, volvió a mirar la hora. Sintió toques en la puerta, la secretaria se asomó.

—Su madre quiere verlo.

—¿Mi madre?

—Sí, quiere que la reciba de inmediato.

—Dígale que entre.

Doña Manuela se sentó, Alberto notó su rostro preocupado, más que preocupado, angustiado.

—¿A ti que te pasa?

—Leandro salió de su mutismo.

—¿Qué dices?

—Que Leandro resucitó, así que tienes que cambiar tus planes. Quédate tranquilo con Mónica y no te acerque a la casa por si acaso.

Alberto se levantó, empezó a dar vueltas por el amplio despacho.

—No puede ser verdad, ayer hablé con Livia, estaba lelo como siempre.

—Pues tu Livia fue la que lo despertó, ahora no se separa de él ni un segundo.

—La llamaré, eso no es verdad. Estoy citado con ella.

—¿Es que no entiendes? Leandro despertó Alberto, no puedes acercarte.

—Livia hará lo que yo diga, no puede fallarme.

—Esa muchacha está con él, se comenta que están juntos.

Alberto se acercó furioso, fuera de sí.

—Si repites eso te mato, Livia es mía, no permitiré que Leandro se quede con ella, primero quemamos hasta el último tronco de esa inmunda casa.

Manuela rompió a llorar.

—Alberto por favor contrólate —rogo la mujer entre lágrimas—, por lo menos ten un poco de paciencia, a lo mejor Livia te llama, no estoy segura de lo que se comenta.

Alberto siguió dando vueltas, marcó el número de Livia, estaba apagado.

Doña Manuela volvió a insistir.

—Tienes una chica rica que te adora—miró a su alrededor—, tienes un buen trabajo, no lo tires por la borda. Debemos conformarnos, antes teníamos menos.

—No soporto a Mónica, no te soporto a ti. Necesito a Livia, necesito el dinero de Leandro.

—Te quedará sin nada, Leandro no te querrá por los alrededores de su casa. No te atrevas a ir, por favor Alberto.

—El que hable no significa que haya recuperado la memoria.

—Yo también pienso eso pero por si acaso es mejor estar preparados.

—Veré a Livia de todas formas, una cosa no tiene que ver con la otra, incluso puede beneficiar, si se enamora de la tonta, lograré mi objetivo, no olvides que la tengo comiendo de mis manos.

—No lo olvido.

Manuela calló, no se atrevió a decir lo que pensaba, no se atrevió a mencionar lo que se comentaba en la casona. Por los rumores Manuela dedujo que Livia desde hace tiempo estaba enamorada de Leandro, sólo que pensaba que nunca lograría sacarlo del mutismo, eso la hundió en la impotencia, eso hizo que se refugiara en Alberto.

La madre de Alberto no quiso enfurecer al hijo, lo conocía, sabía de su furia asesina y sabía de lo que era capaz de hacer cuando se le contrariaba.

—Te lo ruego Alberto, no te apresures, valora lo que has logrado. Yo seguiré en la casona, estaremos bien, la recuperación de Leandro no tiene por que afectarnos.

—Si me quita a Livia lo mato.

—No te entiendo, esa es una tonta que se viste estrafalario, una insignificante que apenas sabe expresarse. Esa muchacha es un capricho, no creo que por un capricho arriesgues tanto.

—Livia no es un capricho, la amo.

Manuela movió la cabeza, estuvo a punto de reír.

—Estas desquiciado, esa chica no puede hacerte perder la cabeza.

—La amo Manuela, la amo como a ninguna y el loco de mi primo no me la quitará, ese siempre lo ha tenido todo, no permitiré que me quite a Livia.

Manuela no insistió más. Alberto tenía trastornos mentales, controlarlo era imposible.

Livia y Leandro recibieron la visita de Manuel, éste les trajo la comida y una notita de doña Pilar. La joven la leyó, Leandro se mantuvo callado. Antes de irse Manuel escuchó la voz de Leandro.

—Quiero que contrates a un equipo de seguridad ahora mismo, chequea las alarmas. No quiero que nadie entre en la propiedad sin identificación. No dejen que Alberto se acerque. Saluda a todos de mi parte, estoy bien pero deseo seguir aquí. Livia me acompañará. Por ahora solo tendré contacto contigo y con Emma, ocúpate de que a Damián no le falte nada.

—Como usted ordene Leandro.

—No ordeno amigo, los protejo.

Manuel se marchó, Livia y Leandro quedaron solos, Livia sirvió, comieron en silencio. Terminaron y la joven recogió la mesa, fregó los platos. Regresó junto a Leandro que sentado miraba por la ventana. A la joven se le estrujo el pecho porque lo vio distante, ido.

—Leandro—llamó con voz temblorosa.

—Dime—dijo sin mirarla.

—No te me vayas, si lo haces muero.

—No lo haré pero no tienes que morir, no olvides lo que te dije.

Volvió el rostro, la miró tranquilo.

—Ven, siéntate.

La joven lo hizo, quedó expectante.

—Alberto es un enfermo—dijo Leandro—, no es hijo de Manuela, era su amante. Mi tía lo adoptó siendo adulto para traerlo a esta casa como su hijo. Descubrí la mentira y le dije que se fuera. Ese día tuve el fatídico accidente.

—Alberto provocó ese accidente—dijo Livia rotunda.

—No lo creo, fue culpa mía, perdí el control del coche.

Livia se levantó, fue hacia él y se arrodilló.

—Alberto me insinuó que te enamorara. Ahora pienso que pretendía llegar a tu dinero a través de mí.

—Lo creo capaz pero eso no tiene nada que ver con el accidente, soy el único culpable.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque el coche tenía problemas mecánicos.

—El coche no tenía nada.

—Si lo tenía, los peritos lo descubrieron y cuando averiguaron, uno de tus choferes declaró que tú lo sabías, que te había alertado y que no le hiciste caso.

—Nunca hable con ningún chofer, jamás hubiera arriesgado a Leonor y al niño que esperábamos.

—Tú no te enteraste de la investigación porque estabas mal y no te recuperaste hasta ayer. Nunca creí que tu supieras lo del coche.

—¿Por qué?

—Porque al verte supe que nunca hubieras arriesgado a tu familia.

Leandro la apretó contra su pecho, besó sus cabellos, ella escuchó un suspiro

parecido a un sollozo.

—No mataste a tu esposa ni a tu hijo, alguien lo hizo. Localicé al chofer, Salvador, el jardinero me dio su teléfono y dirección. Quedé en ir a verlo esta semana.

—Iras con Manuel y alguien del equipo que mandé a contratar—dijo Leandro—calló unos segundos—. Todavía no estoy muy bien para salir del Pabellón, tendrás que ser paciente—volvió a callar—, luego miró por la ventanas.

Livia escuchó la voz pausada y triste.

—El día del accidente perdí el control del coche porque otro al hacer un cambio de vía se me pegó tanto que tuve que hacer un giro brusco. Me fui de la autopista. Rodé hasta caer y chocar contra un árbol. Cuando desperté Leonor estaba muerta. Me morí en ese instante, mi hijo no podía sobrevivir, tenía solo tres meses de vida.

Leandro lloró como un hombre que sufre una desgracia que lo hunde en la tristeza. Livia abrazada a él lo dejó llorar sin decir palabra. Luego se separó un poco, secó sus lágrimas.

—No tengo como consolarte porque se que nada ni nadie puede hacerlo, lo único que puedo hacer es permanecer a tu lado hasta que tú quieras.

—Eres muy sabia jovencita, nunca conocí a nadie como tu. Tienes la sabiduría de un monje y la inocencia de un ángel.

La atrajo y la besó con ternura.

—Ahora mismo no sé si podré prescindir de ti.

—Creo que mañana Manuel y yo podemos ir a ver a tu antiguo chofer—dijo Livia. No quiero que se huela algo y desaparezca, Salvador me prometió que callaría.

—Livia

—Dime.

Leandro la miró confuso.

—Me jode que hayas tenido un romance con Alberto.

—A Livia el corazón se le expandió, quería salir del pecho.

—Eso nunca existió, fue provocado por el desaliento y la impotencia de no llegar a ti. ¿Estás celoso Leandro de mi vida?

—Claro que lo estoy. Soy un hombre y espero que mañana me porte como tal.

—¿Por qué?

—Porque quiero llevarte a la cama y follarte como Dios manda.

—Claro que lo harás.

—Leandro.

—Dime.

—¿Qué te sucede con doña Pilar?

—Pilar sabía que Alberto no era hijo de Manuela, lo calló porque mi tía Manuela la chantajeó.

—¿Cómo?

—Tía Pilar tuvo un novio llamada Evaristo, quedó embarazada, dejó que el abuelo diera al niño en adopción. El niño murió pero la mujer que lo adoptó culpó a la familia, mi abuelo la calló con dinero. Mi tía Pilar siempre ha sido beata y temerosa. Manuela la amenazó con el sacar a la luz su pecado de juventud.

—A pesar de saberlo se llevaba bien con Alberto—dijo Livia.

— Alberto la envolvió, en eso es un experto. Eso fue lo que más me dolió.

—No debes ser duro, es como una niña, siempre llora al hablar de ti. Ni se imagina que Alberto sea un desequilibrado, con ella es otra persona.

—El Leandro cuerdo no le guarda ningún rencor, el Leandro enfermo sí y ese no ha desaparecido del todo. A veces tengo miedo de esfumarme y no verte más.

—¿Quiere que llamemos a los médico?

—No, lucharé, no quiero irme de tu lado. Ahora me siento mejor, la culpa me hacía escapar del mundo y desear estar muerto. Me encerré tanto en mi dolor que dejé de ver la realidad. Creo que tendré fuerzas para escapar y no sentirme tan desgraciado.

Alberto llamó a Livia, intentó verla en la mansión pero no pudo entrar. Doña Manuela le rogó que se marchara, que no se acercara porque Leandro podría mandar a detenerlo.

El joven se marchó furioso llegó a su casa y le gritó a Mónica improperios de todos los colores, le dijo que la dejaba porque acostase con ella le daba asco y que no se le paraba el rabo aunque le diera mil mamadas. La hija del potentado no daba crédito a lo que escuchó, se encerró en la habitación llorosa.

Alberto fue al hotel que había reservado para acostase con Livia. Al entrar dio vueltas como un loco, la rabia le embotaba los sentidos, quería acabar con todos, principalmente con Leandro al que no pudo vencer ni antes ni ahora. Sintió un odio asesino. No entendía la actitud de Livia, la creyó una tonta que no supo valorar lo que tanto le ofrecía. Después se fue calmando, se tiró en la cama, miró al techo. Luego paseo la vista por la habitación. Se vio junto a ella, vio los ojos, la sonrisa tímida, la dulzura eterna. La cabeza le dio vueltas, la alteración volvió. Decidió buscar alivio. Se levanto, sacó el sobre del bolsillo. El joven empezó un recorrido hacia la luz, hacia olvido. Alberto amaneció muerto por una sobredosis, al parecer fue un suicidio.

Quizás antes de morir dejó de sentirse víctima. Puede ser que ya no deseara la muerte de los que vinieron a este mundo con el buen pan bajo del brazo. Tal

vez al cerrar los ojos renunció a ser el hombre violento que culpaba y perseguía el triunfo a toda costa.

CAPÍTULO 14

Al otro día Livia y Manuel fueron con la policía a ver al antiguo chofer. El hombre confesó que recibió una gruesa suma por decir lo del coche. Alberto le pagó y le prometió pagar la atención médica del hijo enfermo. Alberto empujó el coche de Leandro hacia la muerte. El hombre fue detenido y Manuela también por ser partícipe de un crimen horrendo.

Livia regresó corrió a ver a Leandro que la esperaba impaciente.

—Te demoraste, estaba preocupado.

La joven lo besó, se sentó frente a él y le contó lo ocurrido. Le habló de la detención de Manuela y el chofer después de que ambos confesaran. La policía fue a detener a Alberto, llegaron tarde, lo encontraron muerto.

Livia habló durante un rato, Leandro parecía no escuchar. Otra vez la muchacha temió una recaída.

—¿Sientes su muerte?—preguntó Leandro.

—No te niego que siento un poco de lástima pero lo que te hizo fue terrible.

Leandro volvió a callar, otra vez Livia temió.

—No calles amor, me asustas.

—No temas—dijo él ladeando el rostro—, no temas más, nunca me iré, te lo aseguro lo que pasa es que saber que alguien puede destruir a las personas de un plumazo me confirma que somos víctimas de un juego macabro. Los que logran sortear las trampas y salir intactos son los elegidos, son pocos, los más estamos condenados.

—No lo veas así, hay golpes fuertes, hay golpes bajos pero la derrota no es

total, siempre hay un espacio para cantar el aleluya.

—Joder pequeña que bien te salió eso.

—No lo digo yo, lo saqué de un libro.

—Ven acá, dame un beso.

—Te lo doy pero después voy a la mansión.

—¿A qué?

—A buscar algunas cosas y saludar a mis amigos, regreso lo más rápido posible.

Livia fue recibida en la mansión con besos y aplausos, la alegría era total, los empleados estaban de fiesta. Elena y Emma no dejaban de halagarla. La joven supuso que estaban al tanto de su delirio por Leandro, eso le dio un poco de vergüenza. Después los agasajos logró zafarse para ir a ver a doña Pilar que la recibió contenta y temerosa.

—Mi sobrino no me quiere—dijo triste.

—No doña Pilar, Leandro no es rencoroso, solo es un hombre que ha sufrido mucho, necesita curarse del todo.

—Me porté mal con él, lo sé.

—No se preocupe, Leandro volverá a ser el de antes, todavía es pronto.

—Doña Pilar.

—Dime.

—¿Cómo supo usted que Alberto no era hijo de Manuela?

—Manuela no puede tener hijos. Mi hermana fue un desastre desde pequeña. Muy joven empezó a llevar una vida loca. Quedó embarazada de un hombre casado, abortó y se operó. No quería tener hijos.

—¿Usted le preguntó sobre Alberto?

—Si, me dijo que era un pobre muchacho que no tenía familia, lo adoptó por

caridad, según ella. No la creí mucho pero Alberto no me cayó mal, era cariñoso y atento.

De todas forma le dije que no tenía por qué engañar a mi sobrino y que debía decírselo. Me dijo que no y que si la delataba contaría mi historia con Evaristo, todos se iban a enterar del hijo que tuve y que di en adopción.

—La chantajeó.

—Si pero lo que me dijo me afectó mucho porque yo no di mi hijo en adopción, cuando mi padre supo de mi embarazo me envió a una finca que tenemos en Galicia, allí me atendieron hasta el parto. Me dijeron que mi hijo había nacido muerto, nunca supe lo de la adopción ni de la mujer que lo adoptó. Todo me lo contó Manuela ese día.

—¿Cómo lo supo ella?

—Me dijo que casualmente, escuchó una conversación entre mi padre y la señora que adoptó a mi hijo. Mi niño nació enfermo, murió antes de cumplir el año. Siempre he sido un cobarde pero nunca hubiera dado a mi niño en adopción. Desde que Manuela me contó que había muerto lejos de mi, no tengo paz.

—¿Por eso calló?

—No fue solo por mi, callé por Leandro, temí que el escándalo lo afectara en su prestigio, además Alberto no se veía un mal muchacho.

—Lo siento tanto doña Pilar.

—Nuestra familia no ha estado exenta de problemas. Mi padre fue un patriarca a la antigua, Manuela y yo no le gustábamos, la única que salió tranquila fue mi hermana Luisa, la madre de Leandro. Mi padre se ilusionó con el nieto, lo preparó para que fuera su sucesor, no nos tenía confianza por eso lo hizo su heredero.

—Eso ya me dijo doña Pilar—dijo Livia cariñosa—, no tiene que recordarlo.

—No, tengo que decirte algunas cosas que quizás Leandro no te diga. Leandro es el único heredero. Mi padre dejó una cláusula para que en caso de faltar Leandro y su descendencia, la fortuna de los Corbalán pasara a instituciones caritativas.

—Fue injusto—dijo la joven.

—No, no lo fue, mi padre nos dejó a mi hermana Luisa, a mi madre y a mi suficiente dinero para que viviéremos bien hasta el fin de nuestros días. Nosotras decidimos hacer testamento en beneficio de las tres. Como sabe mi hermana y mi madre murieron, me dejaron su dinero.

—¿Por qué me cuenta eso?

—Porque a raíz de llegar Manuela empecé a sentirme mal. Emma y Manuel descubrieron que algo había en mi comida, así fue. Ellos sospecharon de Manuela, la amenazaron con denunciarla, ella lo negó, juro que no era cierto. Detuve la investigación, la perdoné, aunque estaba convencida de que era cierto. Manuela nunca quiso a nadie, regresó a buscar dinero. Otra vez callé, temí al escándalo.

—¿Alberto participó en eso?

—No creo, por lo que he visto Alberto quería toda la fortuna, no se conformaba con menos y lo mío no llega ni a un tercio del capital los Corbalán.

—¿Ellos conocían la cláusula?

—Supongo que sí.

—Pero Alberto intentó matar a Leandro.

—Si, pero ahora sabemos, según Manuela, que ese joven era un enfermo. Mi sobrino lo descubrió y le dijo que se fuera, parece que eso lo descontroló. Yo nunca sospeché de Alberto, lo veía encantador. Después que se casó con Mónica todos pensamos que era distinto a mi hermana.

—Parece que Manuela intentó matarla de nuevo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Emma me mandó a cuidarla, yo me encargaba de revisar sus alimentos.

—Emma y Manuel tan vigilante como siempre. Manuel ha sido nuestro guardián fiel. El nunca confió en Manuela, sabía que no era buena.

—Pero Manuel no es viejo.

—Manuel está con nosotros desde niño, es nieto del que fue ayuda de cámara de mi padre.

—¿Ese es el fantasma que se bebe el agua de los floreros?

—Esos son cuentos, el valet de mi padre siempre vivió con nosotros, aquí murió.

—Creo que me trajeron para la cuidara.

—No creo que haya sido solo para eso. Tu abuela sabía lo de Leandro, ella y Emma se conocían desde que Emma era una niña. Tu abuela quiso que vinieras porque creyó que tú podías salvar a mi sobrino. Ahora, al ver los resultados pienso que fue una persona excepcional.

Livia no se entristeció, el recuerdo de su abuela era su tesoro, crecer junto a ella fue un regalo.

—Me tengo que ir, Leandro me espera

—¿Lo amas?

—Es mi vida.

Miró a doña Pilar que parecía preocupada.

—No tema, sé que es inalcanzable, es un hombre especial, ha estudiado. Tiene mucha clase, como dicen por ahí. No hay margen ni siquiera para un poco de esperanza pero lo amo, estaré con él hasta que él decida lo contrario.

—Leandro es todo eso y más pero es muy humano. No creo que las

diferencias sociales influyan, lo que temo es que no te ame. Mi sobrino adoraba a su Leonor, no creo que nadie puedas reemplazarle.

—Lo sé.

—Te quiero muchachita y me preocupa que mi sobrino te acepte por lástima o agradecimiento. Te mereces más que eso.

A Livia las palabras de la anciana la conmovieron.

—No fui buena, siempre fui muy miedosa, ahora vivo con muchos remordimientos, tengo mi castigo. Me has enseñado mucho en este tiempo, eres valiente y noble, eso tendrá su recompensa. Por lo menos has conseguido que esta anciana vea en ti al hijo que por estupidez perdí lejos de mi. Tengo dinero, no lo necesito. Te lo daré. Con eso me sentiré un poco aliviada de tanta culpa.

Livia abrazó a la anciana y dio gracias a su abuela por traerla a este lugar donde ha encontrado personas maravillosas que la aceptaron a pesar de ser una rara estrafalaria.

—Ni lo sueñe—dijo apartándose—, no aceptaré su dinero pro nada del mundo, no lo necesito.

—A ti quien te dijo que me importa lo que quieras o no. Lo haré y ya. Así que no patalees, está decidido.

Livia siguió peleando, doña Pilar intentó apaciguarla, al final la joven desistió porque la anciana se mantuvo en lo suyo. Al final hablaron de otros temas. Hubo un momento en que la joven quedó seria y pensativa.

—Doña Pilar.

—Dime.

—¿Me veo muy fea?

La anciana la miró detenidamente.

—Para nada, eres muy guapa, ya te lo he dicho, por eso no tienes que preocuparte. Sin las gafas se te ven unos ojos bellos, además tienes el cutis

terso, la piel limpia. Eres alta esbelta. Si mi sobrino no te ama no es por falta de belleza y eso que andas sin maquillaje y con esos trapos de vieja.

Livia no se confiaba, doña Pilar la quería, a lo mejor exageraba pero de todas formas agradeció los elogios, hablaron un rato más y luego se despidió apurada ,antes de irse le prometió venir todos los días a verla. No hablaron de futuro, la joven no quería, solo veía el presente.

La joven subió a su habitación, estuvo un rato recogiendo algunas cosas, luego bajó, se despidió y se fue corriendo.

Como siempre el temor la asaltó. Llegó al salón, Leandro no estaba, lo llamó a punto de morir del susto.

—Estoy aquí, no grites.

Livia se asomó a una puerta que daba a otro salón con estantes y libros. Leandro estaba sentado en un butacón, hojeaba unos papeles.

—Que susto.

—Ven acá—dijo él.

Livia se acercó temerosa.

—Quiero abrir una cuenta a tu nombre.

Livia se echó a llorar.

—Quieres que me vaya. No necesito dinero, resulta que ahora todos quieren hacerme rica.

—¿Quién más te ofreció dinero?

—Doña Pilar. No quiero dinero, si quieres que me vaya, me lo dices, no me hace fala tu lástima.

Leandro la atrajo.

—Ni remotamente pienses eso. Eres única, puedes aspirar a otro que no sea yo pero te quiero a mi lado. No temas más, no voy a dejarte marchar. Lo del dinero es para que lo uses y hagas con él lo que te plazca. Tengo mucho dinero, más del que puedas imaginar, compartirlo contigo me hace feliz—

hizo una pausa—. Además, quiero hacerle un regalo a los empleados, han sido mis protectores durante mi enfermedad. Sé que gracias a ellos estoy vivo.

Livia se sentó frente a él.

—Leandro.

—Dime.

—¿Cómo supiste que Alberto no era hijo legítimo de Manuela?

—Recibí a Manuela y a Alberto con la alegría de quien reúne a su familia. A ninguno de los dos los conocía pero eso no impidió que los instalara en esta casa con los privilegios que creía les pertenecía. Al poco tiempo Leonor y yo percibimos el trato poco familiar que había entre ellos, eso hizo que ordenara una investigación. Casi de inmediato tuve el resultado. Alberto era adoptado

—Leandro hizo una pausa se inclinó y continuó con firmeza—. No le dije a Alberto que se fuera por ser adoptado, lo hice porque Alberto además de ser amante de Manuela era un gigoló con un historial escandaloso. A pesar del engaño les ofrecí para que no vivieran en la miseria—se acercó más—. En cuanto al dinero soy un hombre afortunado Livia, en eso he tenido suerte pero sé que otros no, por eso quise ayudarlos. Soy un privilegiado, no tengo por que ser un mezquino.

Livia sintió un soplo gélido. Nunca estaría a la altura de Leandro, la personalidad y seguridad que derrochaba le daban un brillo inalcanzable.

Alberto se echó hacia atrás, miró de nuevos los papeles, luego alzó la vista.

—Te decía de recompensar a mis empleados. Han sido mis guardianes en todo este tiempo.

La miró con ternura.

—Gracias a ellos te tengo a ti.

Livia no escondió las lágrimas.

—¿Ahora por qué llorar?

—Porque la que tiene que estar agradecida soy yo.

—No digas eso, me salvaste.

Le besó los ojos, secó las lagrimas.

—No quiero que llores más, quiero que seas feliz.

Livia se levantó.

—Traje algo para comer, espérame voy a ducharme y poner mis cosas en el armario.

—Ve pero antes dame un beso.

La joven se inclinó y lo besó en la mejilla. Leandro le cogió el rostro, la miró fijo y la besó en los labios, a Livia se le aflojó todo el cuerpo.

Se fue temblorosa, dios mío, que gusto y que divina locura sintieron los dos al besarse.

Esa noche Livia la recordaría hasta en esos años en que el final estaba tan presente. Esa noche en que por primera vez fue víctima, cómplice, amante y amada la joven no tuvo la menor duda de que la felicidad existe y de que su amor por Leandro perduraría más allá de la muerte.

La joven se abrió para recibir al hombre de su sueños con la inocencia de la primera vez y con la osadía que provoca el deseo. Se entregó tímida al principio pero Leandro sacó como pintor de lujos todo el placer y todos los goces que la llevaron hasta un sitio desconocido y anhelado. El hombre experto la condujo, la guió por pasadizos frenéticos y luego la soltó para que siguiera libre y sin fronteras. Su hombre amado la condujo a la certidumbre de un sexo sin barreras, quitó las neblinas de la vergüenza y le enseñó la pureza de un acto que redime y salva.

Fue una noche de amor interminable. Leandro renacía al fin, respiraba su hombría restaurada por el amor de una muchacha tibia y entregada. Se dejó llevar y la heridas hechas llagas empezaron a cicatrizar. No había olvidado,

nunca lo habría pero sí había esperanza.

Al otro día se despertaron tarde, Livia se levantó desnuda, su cuerpo esplendido se destacaba a través de la luz que se filtraba. Leandro la miró extasiado.

—Te depilaste bien—dijo con algo de burla y deseo—. Que te pareces si nos duchamos.

Se metieron en la ducha y bajo el agua el deseo se hizo canción y volvieron a escuchar la sinfonía que los transportaba. Follaron lentos, despacio, apurados, follaron con amor, con pasión con lujuria, con jadeos y con palabras que penetran y hacen recordar melodías de otros tiempo. Livia y Leandro estaban tan juntos, tan metidos en uno dentro del otros que no percibían el rumor del viento, ni la soledad que ataca a los mortales presos en la impotencia de un destino manifiesto.

Al salir de la ducha Livia fue a la cocina, sacó los alimentos que trajo y preparó algo para comer, después de comer Leandro le propuso dar un paseo por los alrededores, la joven aceptó alborozada.

Livia dejó a Leandro en el salón y fue a la habitación, al rato salió, se paró frente a él.

—Estoy lista—dijo.

Leandro alzó la vista y la miró asombrado. Livia se había soltado los cabellos espesos y castaños. Se había puesto unos vaqueros de última tendencia, una camisa holgada de mangas con cuello abierto hasta la entrada de los pechos sin sujetadores añadidos. Las mangas de la camisa se enrollaban hasta el codo. Se había puesto zapatos de tacón bajo. Se coloreó las mejillas y los labios. La muchacha se veía esplendorosa.

—¿Te gusta? —preguntó tímida.

—Me gustas siempre. Me gustas cuando me miras, cuando hablas y cuando

callas. Me gustas tú pero no niego que verte así me desarma.
Livia caminó, dio vueltas para que él la contemplara.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Qué hice?

—Cambiar de imagen.

—Para que me dijeras eso que me has dicho.

Leandro se levantó, la abrazó tierno.

—Tú también me arrebatas—dijo ella.

—Si, ¿por qué?

Leandro vestía unos vaqueros, zapatillas y camiseta. Su porte elegante impresionaba al igual que los ojos mielosos, el pelo abundante, la sonrisa blanca y cálida.

—Porque pareces un galán de revistas—dijo ella admirada.

Salieron cogidos de la mano, iban conversando, a veces reían, a veces se abrazaban. Desde la mansión y tras los visillos un montón de ojos atisbaron. Luego se miraron y saltaron de alegría, no los ojos sino los curiosos que aplaudieron a la pareja que se perdió más allá.

Livia y Leandro se sentaron en el banco frente al lago.

—A este sitio veníamos Leonor y yo—dijo Leandro.

Livia quedó callada, Leandro la atrajo, le besó la sien.

—Te amo—le dijo al oído.

A Livia los ojos le brillaron.

—Soy un hombre de estos tiempo—dijo tranquilo—, mi duelo duró por la culpa, ahora no olvido, ni olvidaré nunca pero reconozco que a veces el amor toca de nuevo—calló y quedó mirando al lago, luego se volvió—te amo Livia, para qué voy a negarlo.

Livia recostó la cabeza en su hombro.

—No estoy a tu altura— dijo tristonamente.

Leandro se levantó, la halo y la apretó contra su pecho.

—Nunca más me digas eso, no soy de los que dividen ni los que separan personas. Soy de los que valoran y tratan de ver más allá de las apariencias engañosas. Eres maravillosa Livia mía, sin ti estoy perdido.

Hicieron el trayecto de regreso conversando, cogidos de la mano, a veces se abrazaban, a veces sonreían. Los ojos de nuevo atisbaron, saltaron de gozo, las personas, no los ojos. ¡Caramba!

Leandro al llegar la llevó a la cama, la amó con toda la pasión y la ternura que salía incontenible, la poseyó y la derribó con la potencia del hombre que ha recuperado el placer y las ganas de vivir. Livia lo elevaba, lo hundía en la agonía dulce de amar y ser amado.

Quedaron abrazados, Livia se fue a levantar, él la detuvo.

—Espera, no lo hagas todavía.

La joven quedó quieta abrazada a él.

—¿Por fin tomaste la pastilla?

—Sí.

—No la tomes más, quiero tener hijos contigo. Quiero que nos casemos.

—Leandro yo...

Leandro le puso el dedo en la boca.

—No sé como podré demostrarte que te amo, que no es lástima, ni agradecimiento. desperté de mis afanes de morir por ti y eso solo se explica con una palabra: amor. Cuando te dije que no fueras donde Alberto no fue solo por protegerte sino porque ya te amaba pero me negaba a reconocerlo. No quiero cometer el error de ocultar lo que siento por fidelidad. Sé que negarme a vivir por aferrarme al recuerdo de Leonor no es lo que ella hubiera deseado. Yo tampoco estaría de acuerdo si el muerto hubiera sido yo.

Leandro volvió, a besarla volvió meterse dentro de ella con todo el empuje de su corazón enfebrecido. La penetró con la mirada fija en el rostro que expresaban el gusto y la pasión ante la voracidad del amante. Mantuvo la mirada hasta que la joven se alzó para caer viva de amor, muerta de gusto. Después el navegante experto viajó palmo a palmo por el cuerpo hermoso que se arqueaba y se amoldaba. No hubo ni recodo ni llanura que escapara al recorrido del capitán de los milagros. Ella vibró de nuevo, cayó retorciéndose derrotada en el placer. En unos segundos la joven se alzó enardecida. Se dejó guiar y participó en la contienda, aprendió, atacó con ensañamiento y destruyó la fortaleza para sacarle al guerrero el líquido con olor a ceniza, a tierra calcinada por el fuego. Livia bebió como el sediento que llega al manantial, tragó feliz, enamorada. Luego siguieron besándose, buscaron de nuevo la dureza del aguijón, la humedad de la flor. La pareja se volvió a fundir, acoplaron el ritmo, iniciaron un recorrido febril hasta llegar juntos al final de un acto que estremece y trae olvido .

Terminaron, quedaron adormilados, rendidos.

—Te amo, te amaré siempre, Livia querida.

Livia se pegó, besó el hombro de Leandro, abrió los ojos ahora de un verde brillante.

—Eres mi vida Leandro, lo sabes.

Al otro día Leandro y Livia regresaron a la mansión. Al poco tiempo Leandro se hizo cargo de sus negocios, a los pocos meses se casaron.

En la casona reinaba la alegría, Livia se convirtió en la reina de la casa. Leandro cada día estaba más enamorado. En las noches se amaban como la

primera vez. Al poco tiempo tuvieron un niño, después la niña. De la tímida Livia no quedó ni rastro.

Leandro perdonó a doña Pilar que anciana y achacosa disfrutaba de los hijos de la pareja como si fueran los nietos que no tuvo. A Livia la adoraba.

A veces Livia acompañaba a Leandro al cementerio. En esas ocasiones Livia quedaba distante. Nadie ocupa el lugar de un ser querido muerto, eso la joven lo sabía por eso desde lejos observaba como Leandro colocaba las flores y como quedaba un rato absorto. Después regresaba, le daba un beso tierno y salían tranquilos, en paz.

Cada día te amo más, dijo él pegado a su espalda, me tienes embrujado Livia de mi alma y la boca besó, la nuca, rodó por la espalda, mordió las nalgas. Él le levantó la pierna, metió la lengua, lamió el sexo como si fuera un caramelo dulce con sabor y olor universal que enardece y provoca vértigo. Ella se viró, afincó las piernas, se abrió y se arqueó para que la lengua reinara y se hundiera en su sexo. Leandro extendió los brazos, los dedos subieron, las manos acariciaron los pezones erizados, siguieron se los metió en la boca, ella los chupó mientras le halaba los cabellos al hombre que la destrozaba con toda la dedicación de los alquimista ciegos. El experto en mezclar pócimas antiguas tuvo el prodigio de unir todos las combinaciones destinadas a forjar el placer único que la hizo empujarle la cabeza tratando de que su sexo desapareciera engullida por la boca donde la lengua perforaba ávida y feroz. Livia cayó desmadejada. Leandro subió, se acostó a su lado, la besó con ternura.

Te amo tanto, Leandro de mi alma dijo ella besando su costado, luego se inclinó lo puso bocarriba, se subió. Lo besó en los labios, mordió la barbilla y metió el falo en la vagina con un oh, que la sembró en el placer. Livia inició el movimiento sin dar tregua sin escuchar el jadeo y las palabras que salían del hombre que la buscaba, la acercaba para chuparla, besarla, halar sus cabellos, pedir, rogar para que la amazona no lo destrozara con su hermosura.

Livia se alzaba, se inclinaba, se volvía alzar para caer de nuevo y devorar con su vagina la verga que al final no pudo resistir el embate y cayó rendida, muerta por poco tiempo porque la Circe endemoniada la metió en su boca y empezó a chupar experta. Así, como maga envenenada chupó hasta que el hombre amado volvió a gemir, a rogar, a pedir y la hundía en su sexo, le halaba los cabellos, apretaba sus tetas, movía la cabeza ,mientras ella lo veía alzarse y caer rendido, derrotado.

Livia subió, besó el hombro de Leandro, quedó quieta. Leandro la pegó más él.

—Has aprendido mucho—dijo burlón.

Livia a pesar del tiempo no pudo evitar el sonrojo.

—Es que me vuelves loca—dijo bajo.

Leandro se volvió, quedaron pegados el uno con el otro.

—Dímelo de nuevo, mírame a los ojos.

—Me vuelves loca, me matas.

—Si me besas te lo creo.

Se besaron, fue un beso largo que los hundió de nuevo en el deseo.

—Cada día te quiero más—dijo Leandro.

—Yo también—dijo ella.

La besó, se pegó más a ella y el falo volvió estar erecto. Volvió a penetrarla y la sintió húmeda, abierta y derramada. La verga volvió golpear, a frotar. Los gemidos y los suspiros se repitieron. El saboreó el amor que lo ata, que

le da los amaneceres felices y el resplandor en las ventanas. A ella Leandro la arrastra, la eleva, la hunde, la alza y la perfora cada noche para hacerla despertar con el brillo en los ojos, la ternura en la mirada. El siguió empujando, ella moviendo las caderas, empinándose, cayendo ante el embate del hombre amado que la mira, la domina, se deja dominar, la persigue, se deja perseguir, la ama, la penetra, la besa y se afinsa para sacar el goce de los dos en el espasmo que los lleva a hasta un último rincón adonde llegan extenuados y felices.

FIN

